

EL COJO ILUSTRADO

AÑO II

10 DE ABRIL DE 1893

Nº 31

PRECIO	EDITORES PROPIETARIOS	EDICION BIMENSUAL
SUSCRIPCIÓN MENSUAL. B. 4	J. M. HERRERA IRIGOYEN Y CA.	(4.000 EJEMPLARES)
UN NUMERO SUELTO. B. 2	EMPRESA EL COJO-CARACAS-VENEZUELA	DIRECCIÓN: EMPRESA EL COJO
	DIRECTOR: MANUEL REVENGA	CARACAS — VENEZUELA

ORIGINALES. — NO SE DEVOLVERÁN LOS QUE SE NOS REMITAN, PUBLIQUENSE Ó NO

SUMARIO

TEXTO.—Jesucristo, por el Presbítero doctor Juan B. Castro.—La Vía dolorosa, poesía del doctor Eduardo Calcaño.—Un drama, por Martín Zuloaga y Tovar.—Doctor don Anibal Domínguez, por E. M. y M.—Dinero y riqueza, por el doctor Juan de Dios Méndez, hijo.—Querría morir, poesía de A. Herrera Toro.—Doctor Manuel Vicente Toledo, por la Dirección.—El Tocador, por la Baronesa Staffe.—Vamos volando, por Omega.—Como mueren los árboles, traducción.—Doctor Juan de Dios Méndez, hijo, por S. N. Ll.—

Juliana la Lavandera, por el doctor Anibal Domínguez.—Un desenlace inesperado.—Nuestros Grabados.—Semblanzas de próceres civiles, por el doctor E. A. Yanes.—Programa del certamen que se ha de celebrar en Huelva el 2 de agosto.—Su cara mitad.—Revista de la quincena, por E. Méndez y Mendoza.—La Pasión de Jesús, poesía para la música del doctor Eduardo Calcaño, página 135 y 136.—Himno al Corazón de Jesús, poesía de Francisco G. Purdo, para la música del doctor Eduardo Calcaño, página 134.

GRABADOS.—Jesucristo, escultura por Francisco Rude.—Doctor Anibal Domínguez, dibujo a la pluma de A. Herrera Toro.—Doctor Manuel Vicente Toledo, de fotografía.—Caracas: Hotel Klinik, de fotografías.—Doctor Juan de Dios Méndez, hijo, de fotografía.—Vista del edificio de Venezuela en la Exposición de Chicago.—El mes de Abril, cuadro por Emilio Kayser.—Música: La Pasión de Jesús, por el doctor Eduardo Calcaño.—Himno al Corazón de Jesús, por el doctor Eduardo Calcaño.



JESUCRISTO — ESCULTURA POR FRANCISCO RUDE

JESUCRISTO

Hé aquí un nombre que llena con resplandores de gloria divina la duración y el espacio. Los siglos no han hecho sino aumentar la auréola resplandeciente que le rodea. La tierra no ha servido sino para prestar aumento á su reinado, á su pacífica dominación.

Este nombre es el centro, el sol del mundo moral; suprimirlo sería, según la palabra de uno de los enemigos más encarnizados del Salvador, desquiciar ese mundo hasta en sus fundamentos.

Los hombres erigen monumentos, se fatigan para dejar memoria de ellos á su paso por la tierra. Todo se derrumba, sin embargo, al sople irresistible del tiempo; y por sobre las ruinas acumuladas, sólo se alza invencible y gloriosa la Cruz de Jesucristo.

Los hombres se empeñan en inventar sistemas para reorganizar las sociedades, para dar al individuo la felicidad apetecida. Pero hé aquí que en el término de tantos ensayos, de tantos esfuerzos de inteligencia, de tantos arranques de genio, hay que confesar que todo ha sido mentira, vanidad, desastre, y que la última palabra de los destinos humanos fué realmente dicha por Jesucristo.

Los hombres buscan con ansia su propia exaltación. Ved desfilar, por la inmensa galería de la historia, los nombres que se llaman ilustres y que se levantaron por sobre el nivel de la humanidad para brillar en medio de las naciones. ¿Qué queda hoy de tanto ruido y de tanto poder? Todas esas figuras hacen de lo pasado un vasto cementerio de glorias sepultadas para siempre. No hay sino uno que permanezca vivo, en acción, eternamente triunfante: Jesucristo.

Su Cruz divide realmente al mundo y su Calvario ilumina, con fulgores misteriosos, las grandes verdades que han regenerado y salvado al hombre. Sólo Jesucristo trajo á la tierra las palabras *igualdad, libertad, fraternidad* y las grandes cosas que esas palabras significan. Sólo Jesucristo ha dado el verdadero sentido de ellas; la Iglesia lo conserva como única Maestra de tan sublime enseñanza.

Un día los rebeldes contra Dios y contra su Cristo, quisieron tomar esa herencia de amor para distribuírsela lejos de la casa paterna. El resultado fué el caos: la célebre revolución francesa dió á los hombres la libertad de los calabozos, la fraternidad de la guillotina y la igualdad de la muerte.

Vamos, pues, á conmemorar, con las santas tristezas de la Iglesia, el aniversario del sacrificio por el cual nos vinieron estos tesoros de civilización de que gozamos. El nombre sagrado de Jesucristo nos aparecerá con toda su grandeza y sus divinos encantos: los horrores del Calvario le darán la transfiguración más hermosa que el hombre puede contemplar aquí abajo, la transfiguración del amor que se sacrifica. Asistamos con corazón agradecido á la celebración de estos misterios que han sido nuestra regeneración y serán nuestra gloria.

Todo para nosotros, aun la felicidad temporal, está en Jesucristo. Nadie podrá poner otro nombre por el cual los hombres hayan de ser regenerados y salvados.

Caracas: marzo de 1893.

JUAN B. CASTRO.
Arceano.

LA VÍA DOLOROSA

Imitación

Á MI HERMANA EMILIA

Quisiera llevar hoy, Señor, contigo
La ponderosa cruz que te quebranta;
Quisiera ir tras tu divina planta
Como con ojos míseros te sigo.

Mas, de alma enferma y de virtud tardía,
Desfallezco en la lúgubre jornada;
Fortalece, Señor, mi alma cansada
Para no descaerme en la ardua vía.

Ve, con la sangre de tu rostro santo,
Señalándome el triste derrotero,
Que al ir tras tí con mi dolor austero
Yo lavaré las piedras con mi llanto.

No temeré flaquear en el camino
Que al nefando martirio lleva luego,
Cuando, cediendo á mi doliente ruego,
Me enseñe á caminar tu amor divino.

EDUARDO CALCAÑO.

UN DRAMA

POR MARTÍN ZULOAGA Y TOVAR

Blancas eran las paredes del aposento, blancas mate, como si la muerte les hubiera dado su melancólico tinte.

A la amarillenta llama de una lámpara de aceite se destaca un Cristo de marfil que contrasta con la negra madera de la cruz: poética imagen que refleja los grandes dolores humanos.

Sus abiertos brazos parecían acariciar todas las íntimas tristezas del viejo Pablo, cuyas miradas apenas se apartaban de la dulce compañera de sus días, la cual tendida en un pobre lecho sin cortinas, agonizaba lentamente:

"Infeliz mujer, repetía con amargura, yo que hubiera deseado para ella todas las venturas imaginables, no puedo ofrecerla ni siquiera un mullido lecho la noche de nuestra eterna despedida.

"Que año tan cruel para nosotros! Nuestro hijo, el único sostén de esta pobre casa, el que alegraba con su buen humor los crepúsculos de nuestra vejez, ha muerto en los campos de batalla, defendiendo una causa que la historia apreciará mañana con su espíritu justiciero; cuantos como él, oh! cielos! reposan hoy en las dilatadas llanuras de nuestro territorio sin cruces, sin inscripciones y sin tumbas.

"Y á cuanta virgen sorprenderá el sol al despedirse envuelto en la melancólica lumbre del ocaso, mirando con impaciente afán el camino por donde partió el gallardo mancebo que se fué á la guerra á buscar para ella la gloria, y que no ha de regresar jamás!"

Al llegar á este punto de sus reflexiones el buen viejo se quedó dormido, pero su inquieta respiración y los movimientos nerviosos que agitaban su cuerpo, indicaban que su imaginación no se había detenido, así como las frases entrecortadas que se escapaban de sus labios daban á comprender claramente que su espíritu había retrocedido á una época muy lejana, á esa edad dichosa de la juventud y del amor.

"Sí, exclamaba con apasionado acento: esta noche seré hombre casado, casado con la mujer de mis ensueños, con la perfección de las criaturas!"

"Al fin he llegado al puerto feliz que yo veía tan lejos en mis momentos de desfallecimiento moral: mis tempestuosos días de soltero con su lujosa comitiva de desórdenes, aventuras locas y tardíos arrepentimientos, bien pronto morirán en la vorágine de las cosas que ruedan al olvido.

"Cual espíritu débil é indeciso, arrastrado por violentas luchas, yo me encontré sin saberlo en medio á un mar de pasiones; mirando con angustia las orillas queridas en donde dejaba mis sueños de poeta, mis ilusiones queridas.

"Atorunadamente de esa inmensa catástrofe en que quedaron para mí tan estropeadas la fe y la religión y la esperanza, logré sacar ileso el honor del caballero.

"Con qué orgullo la llevaré al altar, adornada su frente pura, de blancos azahares y atravesaré radioso las inmensas filas de amigos que nunca han tenido para mí sino una mano fría ó una son-

risa indiferente, y de mujeres que me habían hecho creer que mi alma había muerto ya para el amor, la libertad y la gloria.

"Ella será mi agua bendita, mi redención, mi culto y á su lado las flores de la poesía brotarán espontáneamente de mi mente.

"A veces creo que me ha de ahogar tanta ventura, todas las miradas de sus ojos lánguidos son para mí, y hablando conmigo, su voz toma inflexiones más puras y más melodiosas.

"Y esta noche será mi esposa, mi mujer, en fin. podré estampar mis labios en su fresca boca y reclinar mi cabeza sobre su blanco seno.

Y el viejo Pablo sofocado de felicidad se llevó las manos al pecho: de su garganta se escapó un grito agudo seguido de una carcajada histérica. había despertado de nuevo á las realidades de la vida.

A la mañana siguiente un rayo de sol que había penetrado indiscretamente por las rejas de una ventanilla de madera iluminaba un cuadro de verdadera tristeza humana: sobre el pobre lecho sin cortinas yacía el cadáver de una anciana y á su lado y sentado en una silla de cuero un infeliz loco reía y lloraba lanzando al aire sonidos inarticulados.

MARTÍN ZULOAGA Y TOVAR

DOCTOR A. DOMINICI

Con placer publicamos en este número el retrato del Doctor don Aníbal Domínici, persona que goza de muy justa fama como hombre de letras, abogado de vastos conocimientos, ciudadano que viene desempeñando de años atrás cargos públicos de importancia.

El Doctor Domínici es uno de los pocos literatos venezolanos que ha guiado su ingenio por sendas que los demás esquivan, así por lo escasas que son éstas de suyo, como por la poca recompensa que al cabo aguarda á quien arrostra la fatiga que ocasiona el recorrerlas. Nos referimos al drama y la novela, que representan el mayor esfuerzo del ingenio en el arte literario, y con harta frecuencia el mayor desencanto para quienes con entusiasmo y ambición de gloria se dan á laborar en tal sentido.

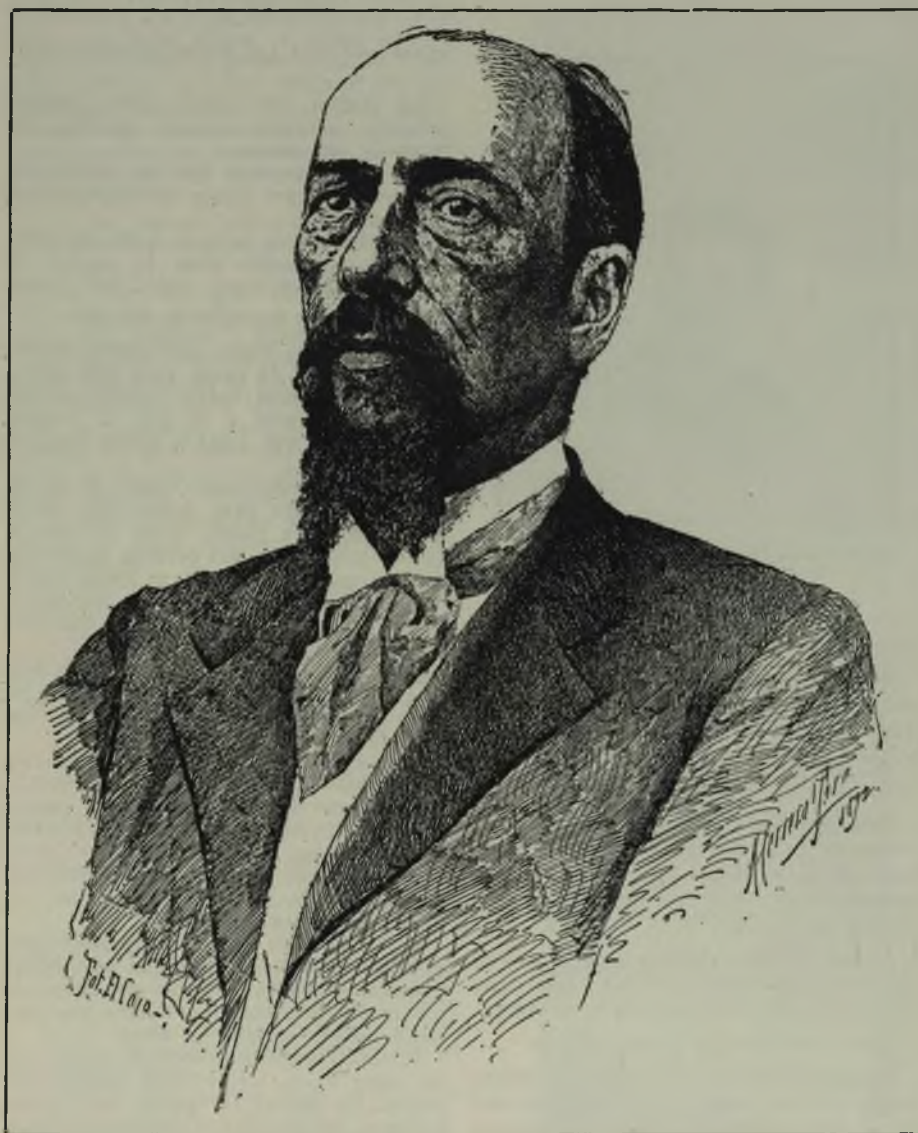
No está el Doctor Domínici en el número de los acongojados de esta suerte, que así su drama *La honra de la Mujer*, como sus novelas *Juliana la Lavandera* y *La tía Mónica*, que actualmente ven la luz en los periódicos, y señaladamente sus *Últimos momentos de Tiberio*, obra ésta que nos felicitamos de haber hospedado con honra nuestra en nuestras páginas, todas han hecho que vayan en abundante acopio á manos del autor las flores de la alabanza que le envían, no menos que los inteligentes en el arte, los que con educado gusto saben tomar el sabor al sazonado fruto del ingenio.

Los Últimos momentos de Tiberio, brillante escrito modestamente llamado por el autor *asunto para un cuadro* no es en nuestro concepto otra cosa que el cuadro mismo, notable y acabado, donde por efecto de la corrección del trazo, de la verdad y sencillez de la composición y de la admirable brillantez del colorido, está representada con toda cabalidad la execrable figura del feroz tirano sucesor de Augusto y digno predecesor de Calígula.

De las obras científicas del Doctor Domínici van publicadas *La Mujer ante el Código Civil Venezolano*, y los *Comentarios al Código de Comercio de Venezuela* obra que, agotada la edición de la del Doctor Sanojo, es la solicitada hoy para el estudio de la materia.

Inéditos tiene el Doctor Domínici cinco dramas, una novela y los *Comentarios al Código Civil*.

Como ya lo hemos dicho, el Doctor Domínici ha desempeñado varios cargos públicos de importancia; ha sido además Director interino de la Academia Venezolana correspondiente de la Real Española de la Lengua, y es miembro de muchas corporaciones científicas y literarias nacionales y extranjeras.



DOCTOR ANIBAL DOMINICI

DINERO Y RIQUEZA

El dinero no constituye la riqueza.

He ahí una aserción aparentemente paradójica; pero que no es sino una verdad económica fundamental. Es de aquellas cuya vulgarización creemos tan útil, que nos hemos propuesto presentarla hoy á nuestros lectores, aprovechando el honroso hospedaje que en estas páginas se nos concede.

Entraremos en explicaciones por medio de una sencilla anécdota mitológica.

Cuenta la fábula haber existido cierto rey de Frigia á quien concedió el dios Baco en prueba de gratitud la satisfacción de un deseo, cualquiera que fuese. Midas (tal era el nombre de aquella insensatez coronada) pidió y obtuvo que todo cuanto tocase quedase convertido en oro. Dilatóse satisfecha la codicia de aquel rey al comenzar á acumular variadas masas del purísimo metal; mas grande fué su congoja cuando la sed y el hambre le advirtieron de la inutilidad de aquel inmenso tesoro, y de la loca imprudencia de su deseo que cambiaba fatalmente en oro cuanto tocaban los reales labios. Aquel rey hubiera muerto en la pomposa desesperación de su opulenta miseria si el dios de las orgías, apiadándose de él, no le hubiera perdonado.

Consistió el error del soberano frigio en lo que también es causa de gran parte de las locuras

humanas: en tomar el medio como fin. Las otras consisten en tomar el fin como medio, como sucede por ejemplo con el amor á la gloria.

Pero volvamos al grano.

Llaman los economistas riqueza á todo aquello que puede satisfacer las necesidades del hombre, y comprenden desde las más imperiosas de ellas hasta las más sencillas seducciones del placer. El manjar que nos alimenta, la casa que nos alberga, el vestido que nos abriga, el libro que nos instruye, los mismos servicios personales que se nos prestan, el auxilio de las ciencias médicas á nuestra salud y el de las autoridades públicas á nuestro derecho, todo esto constituye la riqueza y consta en objetos ó en servicios que son llamados productos por ser todos producidos por el trabajo humano. Tienen estos productos un carácter notable, casi en su totalidad, y es estar sometidos á la ley del cambio, ó sea á no poder ser adquiridos sino en cambio del producto de otro trabajo.

De aquí se desprenden dos observaciones importantes: es la una que el dinero no es indispensable, siempre que pueda cambiarse directamente un producto por otro; y la otra que el hombre más rico es aquel que puede ofrecer más ó mejores productos del trabajo, y que halla también mayor variedad de ellos para cambiar el resultado de su trabajo, intervenga ó no el dinero.

La ventaja de éste consiste en que, no siendo frecuente la posibilidad de hacer el cambio di-

recto de los productos, ofrece el medio de dividirlo en dos actos: por el primero se entrega el producto y se recibe dinero, y por el segundo se da este dinero para alcanzar otro producto. La intervención del numerario es pues puramente transitoria por su naturaleza, y salta á la vista el abuso que se comete tomándolo como objeto principal, sin dejarlo llegar á su fin propio que es adquirir.

Cuando reina en un mercado la confianza en el buen éxito de las operaciones se dice que hay crédito general; el trabajo aumenta, y con él todos los resultados de la producción; los cambios se multiplican porque se hacen fácilmente, y este movimiento de multitud de valores suele sugerir erróneamente la creencia de que hay abundancia de dinero, y que es ésta la causa del bienestar general. En las crisis sucede lo contrario: el pánico paraliza el movimiento, pues la desconfianza retrae á todos de ofrecer sus productos. El oro y la plata están comprendidos en éstos, y si conservan su carácter de productos, y sus ventajas de mercancía que no se altera ni se merma, sus funciones como medios de cambio son nulas, pues no existen cambios: nadie se desprende de los metales por lo mismo que ningún comerciante se desprende tampoco fácilmente de sus telas, sus viveres ó sus letras de cambio. El movimiento se reduce á las necesidades más urgentes; el entorpecimiento es interpretado como falta de efectivo y suele ocurrir entonces la idea de importarlo; mas, por lo que hemos expuesto se comprende que en tales casos no se puede remediar el mal con ello, como tampoco se remediaría con llenar la plaza de jamones de York, de bayeta de pellón ó de zinc acanalado. Lo único que es oportuno es el estudio de las causas de la desconfianza, para disminuirla ó atenuarla al menos. Esto corresponde á los grandes comerciantes y capitalistas, y sobre todo á los bancos, que pueden influir muy favorablemente en ello por la reducción del interés que cobran.

Harémos otra observación para confirmar la idea de que la importancia decisiva en el desarrollo económico no corresponde al dinero sino al crédito.

Venezuela exporta anualmente para Europa como treinta y dos millones de bolívares en productos, y puede decirse que, de ese precio no cruza el Atlántico para venir á Venezuela un solo céntimo en efectivo. El cambio de estos productos se hace generalmente por otros de manufactura europea, sin que en esta gran transacción intervenga el dinero, no sólo por ser innecesario, sino por incómodo, siendo preferibles á él las letras de cambio, que no son sino crédito, confianza.

Todo lo que tiende á asegurar ésta, como á estimular y perfeccionar el trabajo, contribuye poderosamente á fomentar la verdadera prosperidad, que es la facilidad de la formación y circulación de lo que hemos llamado productos. Esto no lo causa el dinero por sí sólo, ó en razón de su abundancia.

Con relación al trabajo, la acción del dinero no es sino fecundante, y fecundar no es crear. La fecundación supone la preexistencia de gérmenes sin los cuales es nula la acción fecundadora. Es necesario que preexistan la laboriosidad y la seguridad pública para que pueda el dinero fecundarlas y producir sólido y creciente bienestar. Y en este caso el dinero no llega sino bajo la forma de capitales privados. Sin estos requisitos la importación de dinero en grandes cantidades con la idea de que se importa prosperidad acuñada, es un error grave, hoy universalmente reconocido.

Puede darnos también motivo para reducir á lo justo la importancia exagerada del dinero la observación de sus funciones como medida de los valores.

¿Quién, al notar la diferencia de precio de un artículo en diferentes lugares, no ha observado también, como se dice de ordinario, que donde to'lo cuesta más, también se gana más, y á la inversa? Esto da á entender, no que valgan más en un lugar que en otro los objetos, sino que el dinero vale menos. Haced llegar á una plaza gran cantidad de oro, sin que cambien las demás condiciones generales, y pronto veréis que los

precios suben en razón del aumento de dinero; más no por esto será más difícil que antes para la generalidad alcanzar los objetos que necesitan. El dinero no ha influido en las facilidades ó dificultades de aquella vida. Puede decirse que ha subido el *precio* de los artículos, pero que su *valor* ha permanecido igual. A este valor relativo entre unos y otros productos de un mismo mercado sirve el dinero como medida común. Si hay variedad en ellos y si en la proporción de todos resulta reducido el valor de los más necesarios, el mercado es rico.

Tomando como unidad el valor de un kilogramo de carne, por ejemplo, pudieran representarse por otras tantas cifras las proporciones entre este valor y los de los otros productos del mismo mercado, con lo cual se tendría una idea de la abundancia ó escasez de cada objeto con relación á los otros. Aplicando este sistema á dos mercados distintos, podrá hacerse, por un estudio comparativo de ambos, una apreciación aproximada del bienestar de cada uno. Esto confirmaría nuevamente la verdad que nos sirve de tema, pues pondría á la vista las verdaderas condiciones de bienestar, y la independencia en que están de la cantidad de efectivo circulante.

Resumamos.

El dinero no es la riqueza; en el sentido de que la abundancia de los objetos que necesitamos para nuestro bienestar y la facilidad de obtenerlos no está en absoluta proporción con el dinero que tengamos.

Las causas del bienestar económico son las del crédito general: la confianza pública, la laboriosidad, la instrucción y las sanas costumbres. El dinero, atraído por el crédito, viene cuándo, cómo y en la cantidad que es necesario.

El economista francés Garnier señala entre las principales causas de atraso para un país la inepticia de las manos en que están los capitales, porque los hacen infecundos.

El acrecentamiento del capital por la acumulación de una renta que no se gasta y que aumenta y se consolida en razón del interés compuesto, sobre todo realizado por medio de la colocación del dinero en *buenas retroventas* es un sistema tan sencillo como antiguo, pues apenas es una variación del método de enterrar el dinero. La retroventa es una forma excepcional de garantía, pues que en ella trasciende á leguas el descrédito general, y es curioso que entre nosotros sea más bien la forma general, casi única de seguridad, contando con que se efectúan por solo la mitad del valor positivo de las fincas.

Es este el lugar de hacer justicia á la empresa que sostiene este periódico, la cual, conociendo el recto proceder patriótico y económico, ha sembrado siempre la semilla del trabajo con alguna idea nueva, con alguna industria útil para fecundarla luego con el capital. Es este un ejemplo notable del empleo de los capitales, y de cuánto puede una voluntad enérgica é inteligente, bien que sea en cruda lucha con las generales condiciones de esterilidad económica de nuestro país.

JUAN DE DIOS MÉNDEZ, HIJO

QUERRIA MORIR

No de mísera estancia en la penumbra
Sobre lecho de plumas reclinado,
No al rumor de sollozos lastimeros
Ni de cándidas flores adornado.

Sorpréndame la muerte tan temida
A la cárdena luz de la tormenta,
Al bramido espantable de las olas,
Al fragor de la nube que revienta.

Algas quiero por fúnebres guirnaldas,
Cortejo de sirenas y tritones;
La onda brava por lecho funerario
Y el fulgor de los rayos por blandones.

La amarga espuma mi mortaja sea;
Sea el abismo de la mar mi fosa,
Y la bóveda azul del firmamento
Sea de mi tumba gigantesca losa!

A. HERRERA TORO.



DR. MANUEL VICENTE TOLEDO

El Gobierno de Venezuela ha distinguido á este amigo nuestro con el nombramiento de Presidente de la Comisión que ha de representar á Venezuela en la Exposición de Chicago.

Con este motivo damos hoy su retrato.

Debemos al señor Toledo el servicio de habernos facilitado el plano del edificio de Venezuela que se construye en Chicago para la exhibición de los productos venezolanos y que reproducimos hoy.

Al darle las más expresivas gracias, aprovechamos la oportunidad para hacer una ligera mención de este distinguido compatriota nuestro.

Toledo nació en Caracas el año de 1841.

Hizo sus estudios en la Universidad Central, dando muestras desde su más temprana edad de una clara inteligencia y de notables disposiciones para las letras y las ciencias.

Desde muy joven se ausentó de la patria y se estableció en Lima donde ejerció su profesión hasta 1874. Después de un viaje á Inglaterra y Francia y á otros puntos de Europa, se fijó en Nueva York, donde al lado de grandes profesores perfeccionó sus conocimientos y mereció el grado de Doctor. Es miembro permanente de la «American Dental Association,» de la «Academia Americana de Cirujía Dental,» y de la «Sociedad Dental del Distrito,» Estado de Nueva York. En 1887, fué Delegado por la Sección de Cirujía al 9º Congreso Médico Internacional celebrado en Washington en aquel año.

El Dr. Toledo se distingue por su talento, su honradez, su amor al trabajo que tanto le enaltece; por su patriotismo acendrado y su exquisita cortesía. Todos los venezolanos que han visitado la gran República Norte-americana han encontrado allí en Toledo, no sólo al compatriota sino al hermano afectuoso y francamente servicial.

Se ausenta de nuevo llevando el propósito de llenar cumplidamente la misión que le ha confiado el Gobierno.

Hacemos votos por su feliz arribo á las playas del Norte.

EL TOCADOR

COSMÉTICOS PARA LAS MANOS, LOS BRAZOS, ETC.

Las recetas que hemos dado pueden aplicarse asimismo para las espaldas, los brazos y las manos.

Hé aquí otra más para las noches en que tenemos que llevar descubiertos brazos y espaldas:

Glicerina, agua de rosa, óxido de zinc. Nuestra preparación tiene la ventaja de no blanquear la negra casaca del pareja.

EMPLEO DEL POLVO DE ARROZ

Necesario es, según ya lo hemos indicado, empolvase la cara; pero esta operación debe hacerse suave, artísticamente, para dar tan sólo á la piel la vellosidad adorable que tiene el hollejo del durazno.

Un rostro enharinado como el de un payaso dispuesto para hacer reír, es de lo más feo que puede haber. Es preciso que la mirada de otra persona *pueda dudar* de que nuestra piel se halla velada bajo una imperceptible nube de polvo, y que aparezca por el contrario con una vellosidad casi natural.

Entonces el efecto es muy bonito, bajo un velo sobre todo; bien que á mí me parece aún preferible una bella piel, lisa, satinada y rosada.

La mota se introducirá con precaución en la polvera, para no salir con mucho polvo, lo que impediría maniobrar convenientemente, no se la llevará violentamente á la cara sino después de haber hecho caer el polvo de los puntos que estén más empolvados, lo que se consigue con rápidas y pequeñas sacudidas.

Mucho cuidado habremos de poner para no empolvarnos las cejas, que aparecerían entonces llenas de películas, así como en quitar de los labios la harina que hubiese podido quedar en ellos.

El rostro todo—con excepción de los ojos, las cejas y los labios—debe recibir una *pasada* de polvo; las partes que no estuvieran empolvadas aparecerían ridículamente oscuras por oposición á las partes blancas.

EL CABELLO

RUBIAS Y TRIGUEÑAS

¿Cuál podrá decir que no ha envidiado el «manto de rey» cantado por Musset?

. . . Cette chevelure qui l'inonde,
Plus longue qu'un manteau de roi.

Y, á la verdad, soberbio atavío es éste que la naturaleza concede á sus protegidas y que es indispensable conservar; bien que por otra parte, lo mismo debemos hacer con toda cabellera, sea cual fuere la que la naturaleza nos haya dado.

Para ser verdaderamente hermoso el cabello debe ser abundante, largo, lustroso y fino. Pero si vuestros cabellos son escasos, cortos, gruesos y ásperos, nos os desesperéis por ello, pues no es difícil atenuar un poco y aun mucho sus defectos, por medio de inteligentes esfuerzos.

Todas las cualidades que acabamos de enumerar, no son aún suficientes para muchas mujeres, si esta hermosa cabellera es color de ala de cuervo. Deseñarían tenerla rubia, como todas las mujeres, ó casi todas las mujeres bellas ó fatales cuya memoria ha registrado la historia. Eva, según parece, era rubia como la miel; los cabellos de Venus, caían cual

cascada de oro sobre sus divinos hombros; la cabellera de Ceres tenía el color de la mies. La bella Elena, á quien los ancianos de Troya no podían mirar sin emoción, coronaba su rostro adorable con una cabellera rubia como el maduro trigo. Salomé, que pidió y obtuvo la cabeza de San Juan Bautista, tenía dorados los cabellos, al menos los maestros de la anti-güedad nos la pintan rubia, lo mismo que á las jóvenes judías de elevado nacimiento. Lucrecia Borgia, *lady Macbeth*, la sanguinaria y la cruel, María Tudor, eran rubias. La reina *Bec* (Elisabet) tenía rojos los cabellos, y rubias fueron, asimismo, Catalina y María de Médicis.

Cousin nos describe así la cabellera de su adorada duquesa de Longueville: "De un rubio ceniciento, de la mayor suavidad, sus cabellos descendían en bucles abundantes que adornaban el óvalo gracioso de su rostro é inundaban sus admirables espaldas." Rubia fué también Ana de Austria; rubia madama de Sévigné, cuyo tocado se hizo célebre; rubia la dulce La Vallière.

El pelo rubio de María Antonieta y de madama de Lamballe, habría bastado para hacerlas bellas. Madama de Girardin tuvo también una cabellera rubia notable. Una de las bellezas de la emperatriz Eugenia eran sus cabellos de un rubio . . . atrevido.

Caracas: 21 de marzo de 1893.

Señores Editores de

EL COJO ILUSTRADO.

Otra vez anuncian los periódicos franceses que ya ha encontrado el medio de dirigir los globos aerostáticos el mismo ingeniero que en 1884 se atribuía esa admirable invención, el Capitán Carlos Renard.

Con ese motivo, me permito ofrecer á ustedes el anuncio de tal proyecto, que escribí más de ocho años ha y que encuentro ahora entre mis apuntes inéditos; por si ustedes no lo juzgaren demasiado indigno de insertarlo en su excelente revista.

Haciendo votos porque al fin se haya logrado ese progreso y nos sea dado volar un poco, antes de morir,

quedo siempre de ustedes affmo. amigo,

OMEGA.

VAMOS VOLANDO!

I

—Ha oído usted la noticia?

—Cuál?

—La grande, es decir, la del día.

—El cólera en París?

—Bah! Eso no sería cosa, fuera de que el cólera no falta casi nunca por allá, en sí ó en sus equivalentes, ó en algo peor.

—La guerra de Francia con la China?

—Hombre, qué vale una china? Además de que preocupados y apegadísimos á la tierra, poco nos importa lo que ocurra en el Imperio Celeste.

—Pues acabe usted de estallar y diga lo que hay?

—Lo que hay? Hoy por hoy no hay nada, pero se trata de lo que ha de haber muy pronto. No oye usted lo que gritan tres ingenieros franceses, en las orillas del Sena?

—No.

—Pues pare la oreja . . . Ellos gritan: "*Vamos volando!*"

—Eso es todo? La noticia se cae de madura. Muchos años hace y aún siglos que la civilización moderna progresa en adelantos y perfeccionamientos materiales, tanto y tan rápidamente que bien puede decirse que no caminamos ni corremos, sino volamos.

—Ea! Usted no me ha comprendido ó yo no me he explicado. La culpa es del idioma castellano, que tiene en su misma riqueza cierta falta de precisión, sobre todo para los que no lo conocemos bien. Cuando pongo en boca de dichos ingenieros el grito de "*Vamos volando,*" no

es para indicar que la humanidad actual está caminando tan de prisa como si tuviera alas. Si yo quisiera ahora invitar á usted á que diésemos juntos un paseo (y no venga usted á replicarme que un paseo no se puede *dar*)—¿no podría señalarle el camino y proferir el usadísimo pleonasma de "*Vamos anda!*"?

—Pero . . .

—Pero en ese sentido claman en París los sabios, señalando los campos del aire (estilo poético) y diciendo "*Vamos volando,*" como para decir: "Señores todos, vamos á volar."

—Pero esos sabios deben haber explicado semejante invitación; y en ello usted debería imitarlos. Explíquese.

—Tiene usted razón; pero como el cuento es largo é importa divulgarlo, resuelvo referirlo en un artículo, en donde usted lo leerá.

—Convenido y . . . muchas gracias.

—No hay de qué.

—Sí que hay. El caso de ir á volar me parece un tanto peliagudo, peligroso, etc. Si ocurriese, bueno será agarrarse del cable que hemos dado en llamar buen sentido. Con que . . . ahí lo aguardo.

II

Pues sí, señores míos y estimabilísimos lectores: es el caso que ya no se trata solamente de dar dirección á los globos aerostáticos, ya no se discute, como antes, si es posible, si es conveniente, si es una temeridad; sino que tres ingenieros militares, muy peritos en la materia

y de reputación bien sentada, afirman haber encontrado el medio de dirigir la marcha de dichos globos . . . más aún, lo han probado práctica é innegablemente, con lo que me han autorizado para escribir que gritan:—"Vamos á volar."

En estos tiempos en que todo vuela, las imaginaciones de los poetas al par de las pretensiones de los políticos, los palacios al impulso de un cartucho de dinamita como las tesis del positivismo y del monismo, los trenes de los ferrocarriles en alas del vapor como la moral y la dicha de la familia al estallido del divorcio, congruo parece que nos echemos también á volar en cuerpo y alma por esos aires de Dios.

Por lo menos razón hay para buscar un medio de huir de este mundo. ¿Y qué otro si nó . . . volar, siquiera como los pájaros, en tanto que la muerte nos traiga y ponga las alas de los ángeles?

El descubrimiento en cuestión vale, por tanto, la pena del rato de atención que os pido. Comenzaré por relatar la experiencia indicada.

Algunos años ha que los ingenieros de Francia, Inglaterra, Alemania, é Italia se ocupan constantemente en inventar el vuelo humano. Las tentativas abortadas han sido numerosas y las temerarias innumerables. No ha mucho pereció en una de ellas un personaje, nada menos que un miembro del Parlamento inglés. Varios aventureros han viajado aquí y allá, como quienes son, á la ventura, hasta pasando al través del canal de la Mancha. El excelente periódico científico, *Cosmos* describe el último de esos viajes aéreos, (que



CARACAS: HOTEL KLINDT

responde al del francés Lhoste, de la semana anterior) el del General Brime y su sirviente, quienes elevados en Folkestone el lunes 18 de agosto y empujados por los caprichos del viento fueron á caer en Tardingen, con no poca fortuna, con la de telegrafiar á Inglaterra que . . . no se habían ahogado.

De todas esas locuras parecía deducirse que el único modo de bien volar era subir hasta encontrar la corriente de aire conveniente, detener en ella la ascensión, dejarse llevar por aquella hasta llegar á ver debajo el punto deseado y allí descender lo más tranquilamente que se pudiese; en todo lo cual el subir y el bajar era lo único que quedaba en manos del hombre y no siempre, que lo de bajar podía ocurrir, como tantas veces ha ocurrido, muy á pesar de los voladores y con rapidez, y circunstancias bastante alejadas del buen éxito de un viaje.

En todo ello había para desanimar al más pintado; pero visto está que los sabios del mundo no son nada pintados; y prosiguieron la penosa investigación, con la más laudable é inteligente tenacidad.

He aquí, pues, el primer resultado ruidoso y feliz de esa tenacidad.

Tres capitanes del Ejército francés, Krebs, Carlos y Pablo Renard, construyeron en secreto un globo de forma y con aparatos extraordinarios, de que hablaremos después; y el sábado 9 de agosto se elevaron en él, desde el mismo taller de aerostación, (Meudon, cerca de París) volaron en sentido contrario al viento, hacia Villebon, llegaron á un punto previamente designado, viraron de bordo y regresaron al punto de partida, en donde desembarcaron cómodamente, después de describir una circunferencia de 300 metros de radio y de maniobrar con regularidad en todo sentido.

Luego comunicaron el descubrimiento á la Academia de las ciencias, á una con el académico Hervé-Mangon y el Ministro de Guerra, pero sin revelar en lo más mínimo los medios empleados para obtener tal prodigio.

—Qué les parece á ustedes? Figúrense la profunda impresión causada en París y á poco en toda la Europa por semejante novedad, calculen las consecuencias del caso y díganme si esa no es la gran noticia de la época y si no debemos repetir el consabido grito: *Vamos volando!*

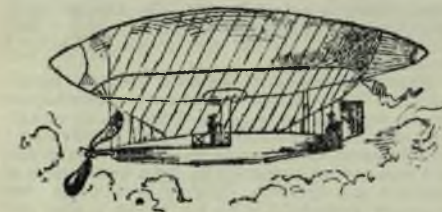
Pero, antes de ir á volar, veamos algunos detalles del viaje.

III

El taller de aerostación de Meudon es una oficina pública, abierta en 1877, con el fin de fabricar globos *cautivos*, es decir aerostáticos sólidamente atados por un cable, destinados á servir de puntos de observación en las maniobras militares de ensayo y aun en las guerras mismas, como en efecto han servido en la expedición francesa del Tonkin.

Al mismo tiempo que los oficiales construían y mejoraban globos cautivos, se ocupaban en buscar el modo de dirigir los libres; y de ahí el descubrimiento de los tres ingenieros. Estos, protegidos en la empresa por el Gobierno, han guardado el secreto más riguroso acerca del nuevo mecanismo, del cual dicen los periódicos que no se sabe sino lo que todos los numerosos testigos del experimento pudieron ver el 9 de agosto.

El globo de esta historia tiene la figura de un tabaco ó gusano ó más bien de un huevo de gallina cuyos polos estuviesen aguzados; pero



es más grueso en la parte delantera. Está envuelto en una red, de cuyos hilos pende una barquilla, debajo de la barriga del gusano, con la cual se comunica por medio de un tubo en cuyo extremo inferior está el aparato para inflamar ó descargar el globo, es decir, para subir ó bajar.

La barquilla contiene el aparato para impulsar y dirigir el bicho, invisible. . . . qué horror! misterioso!! Y ese aparato, movido por acumuladores eléctricos, termina por la proa en un hélice y por la popa en un timón. Eso es todo. . . . cuanto hasta ahora se sabe; y como mi descripción no vale cosa, aquí copio el boceto del globo tomado del citado *Cosmos*.

Una nueva experiencia que se aguardaba con ansia en París para el 26 de agosto, quedó diferida. Parece que la inmensa publicidad del

hecho amedrentó á los inventores, sin contar las intrigas para penetrar el secreto y el fastidio de las visitas de los curiosos.—Hasta ahora van gastados en la empresa 156.000 bolígrafos del tesoro público; y no falta quien diga que el Gobierno rehúsa gastar más. Pero no me resuelvo á aguardar los nuevos resultados para escribir esta reseña.

IV

A cada uno de los tres descubridores toca una parte del descubrimiento. Al Capitán C. Renard, la invención de una pila eléctrica que reúne dos cualidades hasta ahora separadas: una gran fuerza y muy poco peso.

Al Capitán Krebs, el método para reunir el globo con la barquilla, cubriendo aquél y atando ésta con cuerdas muy delgadas, fuertes y entretregidas; y la construcción del hélice y del timón especiales. Al Capitán P. Renard, el resto, que no es la parte menos laboriosa. A todos, el estudio y la aplicación de la idea principal, todavía reservada.

Dupuy de Lôme demostró en 1872 que "para imprimir á los globos ordinarios, sea cual fuere el motor, una velocidad de ocho ó nueve metros por segundo, se requiere por lo menos una tracción de la fuerza de cinco caballos de vapor." De ahí partieron los Renard y Krebs, proponiéndose producir una fuerza motriz de diez caballos, pues el hélice y la máquina misma habían de malgastar una parte.

Dimensiones del globo ensayado:		
Longitud	metros	50,42
Diámetro	"	8,40
Volumen	"	1864
Latitud	"	1,40

Peso de sus partes:		
Globo	kilogramos	369
Mallas y cordeles.	"	127
Barquichuelo	"	452
Timón	"	446
Hélice	"	41
Máquinas y ensambladuras	"	145
Piñón motor	"	30,500
Pila, instrumentos, útiles	"	435
Lastre	"	214

Con viajeros y todo, como		
	"	2.300

El camino recorrido en la experiencia de Meudon fué de siete kilómetros y seiscientos metros, en veintitres minutos, es decir, con una velocidad media de 5,50 por segundo. La fuerza de tracción utilizada no pasó de. . . . un caballo y medio. Aunque el globo en este curso no se mantuvo muy tranquilo, pues varias veces vaciló y se agitó como un buque en alta mar, ello no fué gran cosa; y dícese que retocando ciertos detalles de forma, el defectillo desaparecerá. En el peor caso, tendremos de ahí que navegar por el aire también marea.

Hago estas indicaciones por abrir el apetito á los ingenieros de Venezuela; y con el mismo fin añadiré algunos datos acerca de las personas de los inventores.

V

Los señores Renard y Krebs no son hombres nuevos en el asunto.

Carlos Renard, el héroe principal, estudió la Mecánica en Metz, revelando disposiciones extraordinarias en todos los ramos de esa ciencia.

En castigo de haberse huido una vez de la Escuela Militar y tomándose cierta vacante contra el reglamento, el Director de la Escuela, (tentado estoy de decir el Prior, pues parece que la educación y el servicio militar, en esas grandes y vetustas naciones, tomó del régimen monástico sus métodos y modelos y aun conserva mucho de la reclusión, reglas, estudios, labores, castigos y hasta de los votos y el celibato á que se someten los frailes) le impuso quince días de arresto. El joven discípulo, como para justificar su nombre (1) fastidiado de la reclusión desde el primer día, inventó un medio muy ingenioso para salir de la celda y entrar en ella, á través de los balaustres de hierro de una ventana, sin dejar huellas de su paso; y así se iba á pasear en los ratos en que no había de ser notada su ausencia. Al fin descubrieron *el hecho*, pero en vano buscaron *el modo*, que no consistía sino en aprovecharse de la elasticidad de los balaustres, acercando lo más posible dos cualesquiera y luego los otros dos inmediatos, colándose por el espacio así libre y al regreso retirar el doble aparato, con lo que los balaustres recobraban su posición ordinaria. El aparato consistía en un brollito de pernos y tornillos dirigido por lo que los mecánicos llaman llave inglesa. Allí ellos!

(1) La voz francesa *renard* significa zorro.

Cuéntase que el mismo Capitán Carlos Renard estuvo á punto de morir en sus experiencias aerostáticas, tres años ha. El globo en que hizo un viajecito descendía bruscamente; y para evitar el choque contra el suelo; el Capitán se suspendió de las cuerdas del globo, saliéndose de la barquilla que iba á estrellarse. . . . como se estrelló al tocar en tierra. Como todo no puede preverse, por más ingeniero ó ingenioso que uno sea, ocurrió que Renard, en dicho viaje y descenso, tenía al cinto su espada, como siempre, según costumbre de todo buen Capitán y por más que haya de preguntarse—qué diantres fué á hacer con espada por esos aires? La espada, entre sacudidas y choque, se desenvainó y plantó su punta detrás de una oreja de su dueño, lo preciso para dañarle ciertos nervios y producir la parálisis de un lado de la cara; de modo que cuando Don Carlos—el zorro—se reía, su rostro permanecía serio, inmóvil, en tanto que su carcajada resonaba. A poco la electricidad remedió el inconveniente, curando aquella parálisis, es decir, devolviendo á Renard la dirección de su cara, en tanto que le regalaba la dirección de los globos.

El invento de esta última dirección no es el primero de Renard. Ya se le debían varios perfeccionamientos de los globos en general, la excelente disposición de las oficinas de globos cautivos en Meudon, Versailles, Arras, etc., un coche especial para el transporte de los globos y la mayor facilidad para inflarlos y para fabricar el gas *ad hoc*. De ese capitancito de cuarenta y siete años y de sus dos compañeros se acaba de decir en plena sesión de la Academia de las ciencias en París: que "el 9 de agosto de 1884 será en lo futuro una fecha memorable y su gloria toca á tres oficiales, de quienes se enorgullece con razón el Ejército francés."

VI

Pero no hay que creer que la Francia y esos inventores gozarán de la dirección de los globos como yo del cigarrillo que me estoy fumando. La envidia con todas sus intrigas, dentro y fuera del país, se sacude activamente, ya para impedir el éxito definitivo del gran descubrimiento, ya para penetrar su secreto y aprovecharse de sus ventajas. Se objeta y se alega contra el experimento de Meudon cuanto se puede imaginar.

Se dice que no es cosa nueva. En efecto, el año pasado se ensayó lo mismo en Villeneuve—Saint—Georges, sin secreto, por obra de un aprendiz de Mecánica, Augusto Debayeux. He aquí la idea primordial de éste.

Las aspas de un molino ó hélice colocado en la parte delantera de un globo elipsoide, girando rapidísimamente, deben producir cierta rarefacción, atrayendo la masa de aire necesaria para restablecer la densidad así alterada; y por eso el globo marchará hacia adelante, *por aspiración*, como el agua al sentirse chupada por una bomba.

Aunque esa idea fué aprobada por algunos peritos, la falta de recursos retardó el ensayo durante diez y ocho años, hasta que tuvo lugar con la protección de un ingeniero electricista muy conocido, el contratista de los teléfonos en Francia, Federico Gower. Para el experimento construyeron en Villeneuve—Saint—Georges los aparatos para producir hidrógeno, un globo casi cilíndrico de 30 metros de largo, y 10 de diámetro (2.500 metros cúbicos), en la barquilla, tan larga como el globo, una máquina calentada por gas producido allí mismo (1) y en la extremidad de la proa ciertas aletas de molino de 1^m. 50 de diámetro y 400 vueltas por minuto. El globo podía levantar 2.000 kilogramos de peso, su fuerza motriz era de cinco caballos, su peso total como 1.500 kilogramos, dos maquinistas inclusive. El 12 de Junio de 1883 lo inflaron, Debayeux y Gower se embarcaron, subieron, volaron como quisieron, á la derecha y á la izquierda, sin que se los estorbase un viento de 1^m. 50 por segundo, regresando sin el menor accidente adverso: todo según declaración detallada escrita y firmada por muchos testigos presenciales y muy idóneos. Y para el 27 de agosto último, *El Figaro*, diario parisiense, anunciaba que Debayeux iba á repetir en breve su tentativa, habiendo mejorado el aparato (2).

Esto, en mi concepto, lejos de contrariar el resultado de la experiencia de Meudon, me confirma en la esperanza de que la dirección de los globos aerostáticos puede y aún debe ser cosa cierta y próxima, tanto que poco ha de vivir el que no la vea.

Con que . . . vamos á volar!

VII

—Pero se objeta

—Nada: si la dirección no fuera cosa conseguida, el globo de los Renard no habría podi-

(1) Aquel gas se producía por una corriente de aire pasando por un depósito de petróleo.

(2) Por qué ese caso tan importante como el de Meudon y casi en todo semejante á él no hizo la misma bulla? Y después hablamos mal de Catin!



CARACAS: INTERIOR DEL HOTEL KLINDT

do volver exactamente, como volvió, al punto de donde partió.

—Sí, señor, sí podía, pues eso mismo sucedió tres veces á Eugenio Godard. Es de advertir que durante el célebre viaje de Meudón no soplaban sino una brisita de mala muerte, que no se oponía á la acción del hélice. Ese ensayo, por tanto, no prueba nada; ó más bien prueba que por poco que se enojen los aires, se lleva al señor hélice la trampa, con globo y todo.

—Hombre, no es culpa de ningún zorro si el viento no sojó.

—Pero con ó sin culpa de todos los capitanes del mundo, si el viento hubiera soplado ellos no habrían dirigido nada. Mire usted que no se trata de viajar por la atmósfera de un salón.

—En efecto (añade un ingeniero de tuerca y tornillo, Chincholle) es temeraria la pretensión de dirigir los globos y lo pruebo así:—O el globo con máquina, barca, y tripulación tiene mayor peso específico que el aire ó nó. Si lo tiene mayor, no subirá jamás ni una pulgada. Si nó, todo el mamotreto cederá, no digo á un viento fuerte, sino hasta al de la velocidad media (15 metros por segundo). Con que . . . dejarse de temeridades.

—Pero, señor Chincholle, no ve usted las aves? Y las aves no vuelan?

—Sí, pero las aves tienen mayor peso ó densidad que el aire; y no hemos arrancado á la naturaleza el secreto con que á un tiempo se

elevan, se mantienen, se ciernen y se dirigen en la atmósfera, por ejemplo, la alondra que pesa 34 gramos, el águila marina que pesa 1,270, la cigüeña que pesa relativamente más. Y nótese que la fuerza asombrosa de las alas de los pájaros quedaría anulada, si los cuerpos de ellos fueran más leves que el aire y estuviesen, por tanto, sometidos al aire, como los globos.

—Y quién ha podido decir que los Renard y Krebs no han descubierto el secreto de la naturaleza en el vuelo de las aves?

—Todo el que sepa que el globo de Meudón es más ligero que el ambiente, que no sube sino por su poco peso relativo al volumen de aire que desaloja y que el mayor cuidado de sus inventores fué disminuir ese peso. Luego no se han ocupado de volar como se puede, como las aves, sino como on se puede. Luego apenas volarán en calma chicha.

—Pero recuerde el experimento de Debayoux, quien voló el año pasado contra el viento.

—Contra un viento diez veces menor que el de velocidad media. Oiga usted: no niego (habla todavía Chincholle) en absoluto la posibilidad de dirigir los globos: admito el método reconocido de buscar la corriente propicia subiendo ó bajando, progreso relativo pero nada pequeño. Multiplicando las experiencias semejantes á la de Jovis, (el 21 de julio de 1883 en Marsella), se llegaría á trazar un mapa de la atmósfera, indicando las corrientes ordinarias. Declaro que no hay otro medio ni otro progreso en la materia.

—Pero, señor mío, volar en globo es pura y simplemente navegar. Navegar es surcar las ondas, como lo puede ver cualquiera con sus propios ojos, sólo con ir á la ribera del mar; y para el caso no importa que las ondas sean de agua ó de aire. Y dónde ha oído usted que los buques salen á buscar vientos propicios para seguir sus rumbos? Y qué armador dará á las embarcaciones que construya un peso específico mayor que el del agua?

—Hombre de Dios, no nos metamos á hablar de lo que no sabemos, no imitemos así á los sabios! Navegar y volar son cosas esencialmente distintas; pues para la navegación se requieren dos medios ó fuerzas, el agua que sostiene y sirve de camino y el aire ó el vapor que sirve de impulso mientras que en el vuelo el aire sólo es á un tiempo vía y motor. Añada ahora que no se puede disponer de otro motor. Para sustituir al viento, por la sencilla razón de que éste domina el globo entero en donde ha de ir el motor, lo que no sucede con los animales volátiles, entre los cuales parece que Dios no quiso contar á los hombres. Luego para que entremos en esa clase de criaturas debemos buscar y encontrar los medios de que ellas disponen para volar.

—Sofisma, señor Chincholle, sofisma! usted abusa de la palabra *navegar* y para privarle de esa ventaja cambiaré el argumento. Volar, según lo que usted mismo dice, volar es . . . es nadar. En el nado humano, exactamente como en el viaje de los aerostáticos, el agua sirve de camino y de impulso. Ahora bien, ¿negará usted que el hombre nada contra ese impulso, es decir, contra la corriente? Pues eso es lo que trata de hacerse con los globos.

—Ea! ya tenemos que las aves son peces! y que la ictiología es lo mismo que la ornitología! A poco andar hallaremos que los peces deben hablar y aun cantar! ¿No ve usted que eso es embrollarlo todo y que "si apuramos mucho las cosas nos quedamos sin nada"? En la misma analogía que usted imagina se advierte que en el mejor caso los globos no podrán ser dirigidos sino contra una corriente muy suave, como los cuerpos de los que nadan; sin contar con que el nadador tiene la facultad de calcular de antemano la fuerza ó velocidad de la corriente y el aeronauta nó, á menos que se quiera confundir el acto de nadar con el de naufragar.

—De lo que no se infiere sino que habrá peligros en los aires.

—Y como esos peligros son numerosísimos constantes, imprevisibles, insuperables, aun prescindiendo de los desconocidos . . .

—Eso mismo se argüiría contra los primeros nevegantes.

—Temeridad, señor, hasta la ilusión, hasta la locura. Por consiguiente, protesto contra la protección que el Gobierno presta á la ilusión de Meudon; y más aún contra el abandono en que deja tantas otras investigaciones que . . .

—Ah! ya usted asomó la oreja. Lo que importa es que la protección nacional . . .

—Oh! no tengo interés directo en el asunto. Lo que más quisiera sería no ver malgastar el tesoro público en empresas quiméricas. Eso es tan así que ya los empleados superiores del Gobierno dudan y suspenden el auxilio de que el ensayo de Renard disponía, no se sabe muy bien cómo; y tanto que después del ensayo, Krebs volvió á su puesto de capitán de zapadores y el oficial que había obtenido para la empresa créditos que se le negaban, Mr. de la Haye, ha sido separado del Ministerio de la Guerra y enviado á su regimiento.

—Bueno! intrigas de Corte, que no faltan ni en las Repúblicas. Al fin y al cabo, ya veremos en que pára el cigarrillo de Meudon y á dónde va el cilindro de Villeneuve.

VIII

¿Cómo sería posible que yo levantara esta pluma antes de añadir aquí mi opinión en el asunto? Sin pararme en pelillos, déjenme, pues, decir: que creo á ojos cerrados que tendremos globos dirigidos por los aires, poco más ó menos como los buques en las aguas: que ese grande hallazgo no tardará en consumarse: que él será más importante y trascendental que el de la aplicación del vapor á la navegación; y que en especial tres cosas que lejos de semejarle tienden á oponerse,—los viajes por pasatiempo ó recreación, los correos y las guerras—van á sufrir cambios inmensos, radicales, prodigiosos.

En Italia, el ingeniero Tadeo Tanti anuncia otro ensayo de la especie, cuyo secreto dice C. Renard conocer y desaprobar como idea poco seria. En Rusia se prepara otra tentativa semejante, por un proceder que se ignora, con fervorosas recomendaciones . . . rusas.

¿Cómo sentenciar á muerte tantos laudables esfuerzos, tantas ideas respetables? No habría en ello una exagerada pedantería?

La vivísima emoción causada con sobra de ra-

zón entre los sabios de Europa por la experiencia de Meudon, indica que esta es cosa seria. Renard ha declarado que un globo mayor que el ensayado puede trasportar cien hombres, rapidísimamente y sin que nadie lo impida. Imaginémosnos tan sólo veinte fenianos con algunas pipas de petróleo y la estopa suficiente, dejando caer una lluvia de fuego sobre los campamentos y las ciudades; ó con unos cuantos cartuchos de dinamita, á manera de mechas de mortero, que estallando al caer pongan en práctica la teoría completa del nihilismo. Dios mío! cómo que es verdad que vamos á volar todos!

Y luego imaginémosnos que una vez divulgado el secreto, los contendientes de esas terribles guerras modernas se lancen á pelear en los aires á riña galana. Pero tendrán que inventar armas especiales, maniobras especiales y al fin hasta soldados especiales. Por lo menos es difícil concebir cómo hacer prisioneros, como custodiarlos, cómo conducirlos; y aún de temerse es ya la realización del cuento de los dos perros, que se mordieron, destrozaron y comieron hasta que no quedaron de ambos sino los rabos.

Por otra parte, ¿qué gracia habrá, por ejemplo, en celebrar la misa en la cumbre de Vignemale, (la montaña más elevada de los Pirineos franceses) sobre un pico inexplorado hasta el 12 de agosto último, día en que el Conde Russell se dió trazas y gusto de asistir allí al Santo Sacrificio? En lo futuro, irémos á celebrar toda especie de ritos y fiestas. . . . donde nos dé la gana. Yo me froto ya las manos pensando en cantar un Credo en las cimas del Chimborazo.

Y ello dará que reflexionar mucho á los demonios, quienes sin duda cruzarán este diálogo:

—Chico, eso mismo queríamos hacer nosotros, subir y más subir; y cada uno de nosotros decía lo que esos sabios: *Ascendam! Similis ero Altissimo!*

—Precisamente, pero no supimos *dirigirnos*.

Y sin contar los diálogos de los patanes y de los muchachos, al ver los globos:

—Mira, es un huevo de gallina muy grande!

—Y te parecía que los animales no habían de progresar también? Pues ahí tienes un pájaro que se adelanta á volar antes de salir de la cáscara.

—Mamá, debe ser pescado, puesto que cayó en una red.

—No, hijo; lo de la red no prueba sino que es un peinado de cabellos postizos.

Ni faltará algún literato, entusiasta admirador de Víctor Hugo, que salga pretendiendo que el gran poeta *profetizó* cuando escribió los siguientes versos, que en vano he tratado de traducir y que copio por eso (para tentar á más de un lector) tales como salieron años ha "del vientre de la ballena":

—Que faut-il á cet être, atome au large front,
Pour vaincre ce qui n'a ni fin, ni bord, ni fond.
Pour dompter le vent—trombe et l'écumé—planché?
—Dans le ciel une toile et sur mer une planche!

En fin, otra razón que me inclina á creer que las experiencias citadas tendrán un buen éxito definitivo, es que han sido hechas sin someterlas á ninguna asamblea deliberante, garantía de acierto en los tiempos que corremos (pronto hemos de hablar de los *tiempos que volamos*); pues está probado que las discusiones parlamentarias no logran sino producir desaciertos, hasta el punto de que ya se anuncia una enfermedad cerebral que había desaparecido en la edad media, que los antiguos llamaban *morbus comitalis* y que consiste en que los hombres más sabios y cuerdos (esas dos cualidades no siempre se acumulan en el mismo sugeto) cuando se reúnen para discutir algo, se vuelven locos, efecto natural del parlamentarismo y que de la política ha pasado á las otras ciencias. Por ejemplo, el Marqués de Jouffroy, el primer inventor de la navegación por vapor, quien murió en un hospital en 1832 y á quien Besançon acaba de elevar una estatua, propuso á Napoleón Bonaparte trasportar en buques movidos por vapor los cuerpos del inmenso ejército reunidos en Boulogne para la campaña emprendida contra la Inglaterra. Napoleón sometió el proyecto á la Academia de las ciencias de París; y aquellos sabios, turbados sin duda por dicha enfermedad, declararon que Jouffroy deliraba, que ninguna idea más necia que la de asociar el fuego con el agua! Napoleón suspiró, ideó el bloqueo continental que arruinó el comercio y diezmó los ejércitos de Europa, el invento de Jouffroy se perdió y recogido á poco por Fulton aprovechó á los ingleses, á quien ha enriquecido y fortalecido imponderablemente. Una discusión parlamentaria cambió así el curso de la historia y la faz del mundo! Desde el buque de vela que le llevaba prisionero á Santa Helena, Napoleón vió pasar á lo lejos, en alta mar, á palo seco, rápido como una gaviota, . . . uno de los

primeros vapores; y recordando lo acaecido con Jouffroy apretó los puños y exclamó:

—Ah! los sabios! los sabios!

*

El *Central News* anuncia terminantemente que las autoridades militares de Inglaterra van á hacer experiencias según el sistema Renard. Y *El Herald* de San Petersburgo afirma que allí y bajo la dirección del capitán Kostowitch (parece que los capitanes se han hecho cargo de los globos) están construyendo otro gusano volador, provisto de dos alas, además del hélice. Kostowitch publica entre otros cálculos el de que su globo, de 200 pies de largo y 80 de alto, recorrerá 40.000 millas por hora, con 16 hombres en la barca y una máquina de la fuerza de 50 caballos. "Esa monstruosidad—añade *El Herald* ruso—está ya casi terminada, de modo que á fines de setiembre se elevará por primera vez." No falta sino saber cómo le irá por allá arriba.

Yo comienzo á sospechar que el secreto de Meudon se parece al de la Masonería.

OMEGA.

Setiembre de 1884.

Cómo mueren los árboles

La selva tropical es el teatro de una lucha incesante y encarnizada por la vida. Como los hombres en las grandes ciudades, cada planta es un individuo que busca su bienestar personal sin cuidarse del bienestar de los demás; pero en el mundo vegetal, no hay nadie que proteja á los débiles ni cuide de los enfermos; cada cual debe, pues, hacer frente á su enemigo ó sucumbir. Cada semilla traída por el viento, la lluvia ó los pájaros, cae á la ventura y brota como puede; y el vegetal, árbol ó planta, muere cuando no puede atravesar la bóveda sombría de la selva á fin de ser vivificado por el sol.

Hé aquí, á la vuelta de la bella estación, un claro en pleno bosque tropical; una cantidad prodigiosa de plantas y de hierbas cubre el suelo; cada uno de estos vegetales disputa el sitio á los otros, y los más débiles pronto quedan ahogados por los más fuertes. Pero vienen las semillas de los árboles, que, felices al encontrar este espacio, allí germinan y brotan prontamente y los arbustos terminan por eliminar los helechos, los gladiolos, las fitolacas, las morrelas espinosas y otras hierbas ó plantas, y el claro se cambia pronto en impenetrable junglar. A su vez los árboles jóvenes habrán de disputarse la vida entre sí, en vista de que el puesto necesario para uno de ellos se halla ocupado por una docena y por más todavía. El que sea más alto, más fuerte y esté más provisto de follaje obtiene la victoria; pero el vencedor queda á menudo sofocado por un árbol más prueso que le intercepta los rayos del sol. Así sucede que dos árboles vecinos se dañan, se debilitan recíprocamente sin que ninguno de los dos obtenga la victoria; iguales en tamaño y en fuerza entrelazan su ramaje; el uno dirige una rama en tal dirección, y esta rama se halla pronto cubierta por otra de su antagonista. Es una lucha cuyo resultado no es fácil prever, pero que es con frecuencia fatal para todos dos.

A seguirnos por las apariencias, el árbol fuerte, el árbol gigante debería reinar por mucho tiempo como Señor de los bosques; ¿por qué, pues, lo vemos tan amenudo caer con grade estrépito, y romper ó mutilar en su caída á otros árboles, y obstruir un espacio tan necesario para sus vecinos? Es porque los grandes árboles tienen sus enemigos, siendo uno de los más terribles, la

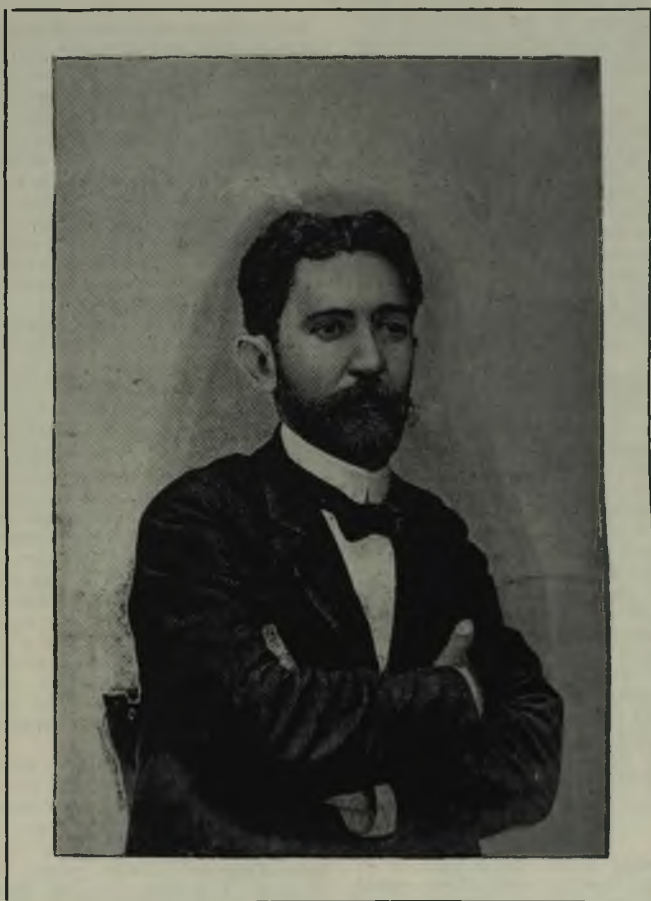
hiedra, género de arbusto resinoso, de tronco liso y hojas brillantes, y cuyas flores á veces blancas, en otras rosadas, se parecen á la camelia sencilla.

La hiedra es generalmente una parásita que nace, crece y vive sobre otros árboles. Se fija en el hueco de los árboles en que los pájaros han dejado caer algún grano, y sus raíces, que son múltiples y van en distintas direcciones se introducen suavemente en las grietas de la corteza, algunas de estas mismas raíces llegan hasta á tocar la tierra donde se introducen brotando luego. A medida que la planta se hace más fuerte, estrecha más y más el árbol sobre el cual vive, intercepta la savia y termina por causar su muerte, estrangulándolo, digámoslo así. Diferentes especies de higuera locas desempeñan en los árboles el mismo papel destructor.

El árbol corpulento no tiene tan sólo por enemigos á la hiedra y á la higuera loca, dos parásitas que no viven de su substancia, pero que lo hacen morir por la estrangulación, sino que es á menudo destruído por otro género de plantas que chupa su nutritiva savia. De estas plantas es la más peligrosa el muérdago que germina en el árbol, en los lugares en que los pájaros han depositado algunas semillas, y á las cuales se une por numerosas raicecillas viscosas en forma de chupadores; y sus ramas provistas asimismo de raíces, llegan pronto á ser tan largas, que pasan á los árboles vecinos y se fijan en ellos igualmente. El muérdago tiene no obstante interés en que el árbol que le sirve de sostén y del cual extrae su alimento, viva el mayor tiempo posible; así, parece desplegar una especie de inteligencia en no adherirse sucesivamente sino á cada una de las ramas que va secando á medida que le extrae el jugo. Al fin, el árbol, exhausto en todas sus ramas, sucumbe y el muérdago con él. En las orillas de los ríos, los árboles de los bosques están sujetos á ser arrastrados por las inundaciones, que remueven el suelo y los arrancan de raíz. Si el tronco es liviano como para sobrenadar, es conducido por la corriente á alguna pequeña ensenada, donde sus ramas se entrelazan con las de los árboles ribereños y allí de nuevo cría raíces; si el tronco es muy pesado, cae al fondo del río, donde por largo tiempo impide á menudo la navegación.

La vegetación natural de un país, es del todo apropiada á su suelo y hecha para resistir á los agentes destructores que la rodean; así, las plantas parásitas no logran sino muy difícilmente hacer grandes claros en los bosques de La Guayana inglesa. Pero si en ellos plantamos árboles originarios de otros países, ya no sucede lo mismo.

Los árboles frutales y los arbustos de adorno importados de otros lugares se ven á menudo enfermos, y atacados y destruídos, mucho más que otros, por hongos y por distintas especies de insectos. La Guayana mantiene pocos animales herbívoros. Los tapires y los manatíes no atacan los árboles del bosque, y aun los animales roedores se contentan con los frutos ó con las plantas acuáticas. Las plantas y los árboles del bosque tropical tan sólo tienen que defenderse los unos de los otros, lo que forma contraste con la vegetación europea, asaltada por multitud de enemigos exteriores.



DOCTOR JUAN DE DIOS MÉNDEZ, HIJO

JUAN DE DIOS MENDEZ, HIJO

De la generación contemporánea ha conquistado puesto meritorio entre sus inteligencias más gallardas el doctor Juan de Dios Méndez, hijo, en quien concurren junto con las dotes de un talento claro y una vasta erudición, las nobles condiciones del carácter, abonadas por honorables antecedentes de familia.

Desde muy joven alcanzó con señalado brillo el grado de doctor en Derecho y á poco emprendió viaje por los principales centros europeos, deseoso de familiarizarse con las maravillas del arte y de la ciencia, que debían abrir nuevos horizontes á su espíritu y mostrarle los tesoros de la civilización, acumulados en vastas bibliotecas y soberbios monumentos. Al regresar á la patria, después de no corta ausencia por el extranjero, le vimos segar lauros en el campo de la bella literatura, como dan testimonio de ello las diversas publicaciones en que ha colaborado, principalmente *La Entrega Literaria*, de plausible recordación, y de la cual fué una de sus entusiastas fundadores.

No obstante la índole de sus estudios científicos, áridos de suyo, porque parecen excluir el ejercicio de la imaginación de sus arduas elucubraciones, nos ha sorprendido el doctor Méndez con poesías de exquisito gusto, donde la belleza del pensamiento compite con la galanura y distinción de la frase, por cuya razón se le ha conceptualizado como poeta de buena raza por los que gozan de justa nombradía en las alturas del parnaso. Así mismo avaloran sus producciones en prosa, la concisión y sobriedad del estilo, no desprovisto de colorido y elegancia, pero exento de gárrulos atavíos, y propio para la exposición de ideas nutridas de rica savia y vigorizadas por la fuerza del razonamiento.

Además posee el doctor Méndez con propiedad

las lenguas latina, francesa é inglesa, y de ahí que haya sido muy celebrado su juicio crítico sobre la versión española de *El Cuervo* de Edgard Poe hecha por el malogrado ingenio venezolano Pérez Bonalde, porque se advierte en aquel la mano diestra que maneja el asunto con perfecto dominio de todos sus pormenores, haciendo notar con acierto las dificultades vencidas é ilustrando con artísticas apreciaciones las excelencias de tan original producción.

Bastará una simple enumeración de los trabajos, todavía inéditos, que ha llevado á feliz remate, para conocer el caudal intelectual de que dispone, ora en el ramo de su ciencia profesional, ora en el dilatado radio de las letras y de la historia patria. Se titulan: "Exposición clara y sencilla de los preceptos legales en materia civil, criminal y mercantil," propia para que todos los ciudadanos adquieran sin esfuerzo conocimientos indispensables; "Resumen ordenado de la descripción de los principales movimientos militares de nuestra guerra de Independencia," desde 1806 hasta 1823, acompañado de mapas para seguir con facilidad estos movimientos; é "Ilustraciones corográficas de las campañas de la independencia de Venezuela." Tiene también en apuntes las siguientes obras: "El crédito general, sus causas y sus efectos;" "Límites del lujo y de la economía;" y "Relaciones de analogía y semejanza entre las bellas artes."

Si á labores de tanta trascendencia agregamos por vía de complemento que el doctor Méndez es un hábil contador, que conoce profundamente la legislación del país y que es perito en la organización y funcionamiento de institutos de crédito, habrá de tomarse como acto de cumplida justicia las alabanzas que tributamos á un talento útil y cultivado, á una carrera interesante en que huelgan las brillantes ejecutorias, y de cuya fructuosa labor recojerá la patria, legítima prezo.

Terminaremos este ligero esbozo, anotando

uno de los rasgos peculiares del carácter de Méndez: su extremada modestia. Motivo de sincero encomio ha sido siempre la posesión de prenda tan recomendable, porque el mérito, sin recurrir á alardes quijotescos, luce entonces en fuerza de indiscutibles credenciales; pero en los tiempos que corren, la ocultación del propio valer representa una cifra negativa, que conduce casi á la postergación. La audacia supera de ordinario al talento, usurpando un puesto que no le corresponde, de donde resulta el encumbramiento perenne de las medianías. Por esto creemos que la circunstancia indicada ha impedido que del Dr. Méndez se haga la debida apreciación de sus altas facultades y que no se haya tratado de utilizarlas y recompensarlas con el galardón á que son acreedoras.

S. N. L.

JULIANA LA LAVANDERA

NOVELA ORIGINAL

POR EL DR. ANIBAL DOMINICI

Conclusión

Y siguió hasta terminar toda la campaña de la Nueva Granada, y averiguó, inquirió, agotó los medios posibles, y nada, no logró descubrir el paradero del abominable raptor. Al fin regresó á Venezuela, donde se arrastraba desesperanzado entre las tropas republicanas, pero le cupo la fortuna de concurrir á la batalla de Carabobo, y en ese campo inmortal, dos veces feliz para las armas de la libertad, halló á Fajardo.

A poco de comenzado el combate le colóbró á lo lejos, y le conoció entre el humo de la pólvora, á pesar de los siete años trascurridos. "A él, compañeros!" gritó, y partió como un rayo á buscarle en las filas enemigas. Los soldados que mandaba no sabían á quién se dirigía; pero, acostumbrados á obedecerle, le siguieron con igual ímpetu, y fueron los primeros que rompieron las líneas del ejército español. "Fajardo! Fajardo! qué has hecho de mi Carmen?".....vociferaba Julián, abriéndose camino á lanzazos entre los adversarios, que le cerraban el paso. "Fajardo! infame ladrón!.....Aquí estoy, yo soy Ana, Ana, la madre de Carmen!".....Y avanzaba, sembrando la desolación y la muerte, y los soldados que iban con él caían heridos á bayonetas, pero, él pasaba como si fuese invulnerable, hasta que frente á frente de Fajardo repitió: "Yo soy Ana, la madre de Carmen, que vengo á arrancarte el corazón!" Diciendo esto le metió todo el hierro de la lanza por la mitad del pecho, en el instante en que Fajardo alzaba su sable para defenderse.

Cayó del caballo el aborrecido guerrero, y al medir el suelo con su cuerpo dió un grito tremendo de dolor. Sobre él se lanzó Julián, casi demente con el furor de la venganza. Solos habían quedado los dos contendores: las peripecias de la batalla habían alejado el escuadrón de Fajardo, y algunos soldados de Julián continuaban la lucha encarnizada y terrible, distantes del lugar en que sucumbió el español.

—Ah! no me conoces! Te digo que soy Ana, malvado, la madre de Carmen. Dime antes de morirte, qué has hecho de mi hija. Dónde está Carmen, le gritaba en los oídos desesperada.

—Ana! tú eres Ana!.....articuló apenas el moribundo; Ana! en ese traje, horrorosa de sangre.....Ana! Ana!.....

—Vas á morir, sin decirme dónde está Carmen! Hombre maldito, habla, habla!.....

—Perdóname, desgraciada.....Carmen murió en Pamplona.....dos años después que la saqué de tu casa.....Perdóname!.....

Y levantó los ojos al cielo, como pidiendo también perdón al que es todo bondad y misericordia, y luego se vió que un movimiento convulsivo estremeció su boca, y expiró con la mirada fija en el azul del firmamento:

Julián cayó á su lado desvanecido.

VII

Tres meses después salió Julián del hospital de Valencia, débil, enfermo todavía, pero fuerte y valeroso como siempre. Pidió su pasaporte, y marchó para Caracas á pedirle su licencia á Bolívar.

El Libertador lo acogió con distinguido afecto, le participó que lo había ascendido á capitán, le acordó lo que solicitaba, y además le dió dinero y recomendaciones para los Jefes del Ejército republicano, en cambio de la promesa de volver al servicio tan pronto como recuperase la salud.

Julián partió en seguida para la Nueva Granada, y después de largas y fatigosas jornadas llegó á Pamplona. Tres días estuvo investigando y solicitando noticias de aquella muerta querida, y nadie podía satisfacer su deseo. ¿Quién habla de acordarse de un fallecimiento ocurrido cuatro ó cinco años antes, cuando la emigración, la miseria, la guerra, el odio exterminador de los combatientes había despoblado las ciudades y los campos, y habían desaparecido casi por completo los que podían dar razón de los hombres y los sucesos pasados?

Al cabo, Julián halló una pobre anciana, que pudo informarlo de todo.

—Aquí, murió, le dijo, aquí, en esta casa. Era una joven de veinte años á lo más. Bella como una imagen: tenía los ojos negros, grandes, de una expresión singular; la boca preciosa, la cabellera riquísima..... Me contó que se llamaba Carmen.....

—Ella es, Dios mío! La hija de mis entrañas! exclamó Julián, sin poderse contener.

—Hija de usted, señor oficial? Ah! qué hija tan dulce y tan buena tenía usted!..... La traje aquí un jefe español. Les brindé hospitalidad en mi casa, condolido del estado de la pobre niña: la cuidé muchísimo, él y yo hicimos todo lo que pudimos por salvarla. Pero fué imposible..... Se mantenía llorando, no comía, no dormía, al fin la enfermedad pudo más que nosotros. El español me contó que hacía dos años que estaba así. Parece que echaba menos su país.

—¿Y no le habló á usted de la madre amantísima, que tanto ha padecido por ella? ¿No le quedó á usted nada de lo que fué de esa infeliz? ¿Sus prendas, su ropa, algo suyo?.....

—Sí, señor oficial, me hablaba mucho de su madre; pero, eso la afigía tanto que yo le cambiaba la conversación cada vez que recordaba á aquella desventurada..... Las madres, señor oficial, esas son las que sufren..... Yo perdí mis tres hijos, y junto con ellos mi marido en esa terrible guerra..... Ahora estoy sola, pobre, enferma y vieja. Figúrese cuál será mi vida!..... Pero, se me iba olvidando lo que usted me preguntaba..... No conservo ninguno de sus vestidos y ropas, porque heube de dárseles á infortunadas mujeres, que pasaban por este pueblo casi desnudas. El valor de las pocas joyas que dejó lo empleé en sufragios para su alma, como fué su voluntad.

—Hizo usted muy bien, señora.

—Conservo algo más precioso: Tengo para entregársela á su madre la cabellera!.....

—Sus cabellos! ¿Dónde están? Démelos usted!

—Ya le he dicho que debo entregárselos á su madre.

—Dios mío! gracias!..... sus cabellos!.....

—El día antes de su muerte se los hizo cortar, los peinó ella misma, y después me dijo:

—“Guarde usted estos cabellos, para que se los entregue á mi madre.”—“A su madre, niña? Válgame el cielo, dónde he de verla jamás?”

—Al saber mi muerte, me respondió con firmeza y seguro acento, al saber mi muerte ella vendrá aquí: usted los pondrá en sus manos, y le dirá que su hija murió llorando por ella, que me perdone y me bendiga!.....”

La vieja se interrumpió, porque vio á Julián, que lloraba desesperado.

—Ya ve usted, señor oficial, porque no puedo dárseles, aunque sea usted su padre.—Se lo juré á aquella pobre santa, y los juramentos que se hacen á los moribundos son sagrados..... Han corrido más de cuatro años, su madre no ha venido, sin duda no la ha sabido aún. Pero, qué ha de venir con esta guerra!.....

Nada contestó Julián: siguió llorando, llo-

rando en silencio, por espacio de una hora. Luego se levantó, llamó á la mujer, la cual había ido á ocuparse en sus quehaceres domésticos, le habló en el oído, y entraron los dos en el dormitorio de la vieja. A poco se oyó un grito de sorpresa, y después salieron del cuarto, trayendo Julián en sus manos la negra cabellera de Carmen, que besaba entre sollozos con una especie de deleite.

—Razón tenía aquel ángel cuando me aseguraba que su madre había de venir, murmuraba la anciana. Las madres! Dios mío, las madres! qué grandes son!

Pocos días permaneció Julián en Pamplona, porque pocos necesitó, merced á su carácter de oficial del ejército republicano y á las recomendaciones que tanto lo abonaban, para hacer exhumar los restos de Carmen, y llevárselos consigo.

Ninguna recompensa quiso admitirle la buena mujer, de quien se despidió inmensamente agradecido, con el alma partida de dolor.

Julián emprendió marcha, y entró á Venezuela, atravesando la Cordillera. Al regresar á Caracas con su lúgubre carga lo primero que hizo fué ir á su casa, que halló sola y abandonada, como la dejó. Allí recobró su traje de mujer, recogió todo lo que tenía de ella y de Carmen en su habitación, y se fué á vivir á una de nuestras provincias orientales con el nombre de Juliana, pues no quería que nadie sospechase siquiera su triste y sangrienta historia.

Nadie volvió á saber nunca más del capitán Julián Contreras, que había desaparecido para siempre. El Libertador con la mayor parte de los antiguos compañeros de armas de la campaña que finalizó en Carabobo, estaba fuera de Venezuela, listo á emprender la campaña del Sur.

VIII

Ya sabe el lector quién era Juliana la lavandera. El que escribe estas líneas ignora cuántos años vivió. Cónstale únicamente que en el decurso de ellos aquella mujer se fué poniendo cada día más triste, más huraña, más pavorosa!.....

Parece que el tiempo, ese gran cicatrizador de todas las heridas, así las que arruinan el cuerpo como las que desgarran el alma, ese sepulturero inexorable de todos los sentimientos y de todas las memorias, que tarde ó temprano cubre al fin con la misma lápida el amor y el odio, la gloria y el crimen, la felicidad y la desgracia, parece que el tiempo, digo, no tenía para ella ni consuelos, ni conformidades, ni olvidos!

El corazón de la madre mantenía siempre vivas las llagas cruentísimas de su pena; pero, debía de atormentar también su espíritu angustiado el recuerdo de la sangre que con las manos había derramado á torrentes. La memoria dolorosa de su hija perdida! El remordimiento fátidico de la implacable venganza! Qué horribles compañeros se sentaban de continuo junto á ella en el desolado hogar de la vejez! Aguardaba con ansia la muerte, se la pedía á Dios; mas, la muerte no venía, y corrían inexorables los años, unos tras otros, sin paz ni alivios, para las inenarrables torturas de su alma, como si debiese expiar antes aquí en la tierra las tremendas responsabilidades de su borrascosa existencia.

Crean algunos en la aldea que la misteriosa Juliana no ha muerto; porque, sin embargo, de haber desaparecido de la casita blanca hace como medio siglo, todavía hay personas que afirman haberla visto de vez en cuando, al caer las sombras de la noche, en la vera del bosque ó entre las piedras del río, livida, flaca, encorbada, pero lo mismo que ella era; y otras muchas dicen que se oyen á menudo por aquellos lugares llantos y lamentos, proferidos sin duda por Juliana cuando baja de la montaña.

La muerte es el supremo bien para las criaturas, que tan crueles penas sufren. Dios no ha podido negársela á aquella mártir sublime del amor maternal!.....

FIN

UN DESENLAZADO INESPERADO

Era yo el cuarto en un coche de camino: mis otros tres compañeros eran un marinó, un oficial de tropa, y un joven elegante, hijo de una familia bastante acomodada. Como era natural, la conversación vino á rodar sobre los peligros á que cada uno de nosotros se había hallado expuesto: el marino había naufragado por tres veces; y cierto día, al dar un abordaje en el mar de las Indias, había caído en el agua á muy pocas brazas de las cavernosas fauces de un tiburón; en otra ocasión había volado hasta una altura prodigiosa de resultados de la explosión de un buque de vapor. El oficial, hecho prisionero por un beduino, iba á ser decapitado, y ya penetraba el fatal yatagán por entre las vértebras de su cuello, cuando vino á su socorro una bala que destruyó la cabeza del árabe.

—Por lo que á mí hace, señores, dijo el joven elegante, que hasta entones había guardado silencio, jamás he navegado; tampoco he visto el fuego de los combates, y sin embargo, me he hallado en una situación más crítica que cuantas puedan ocurrir; á lo menos tenía el mérito de la novedad.

No ha muchos años que me encontraba en Bruselas: emprendedor temerario, ávido de sensaciones violentas, intenté junto con un amigo mio verificar una ascensión areostática. A la hora fijada, mi compañero faltó á su palabra; y ya me disponía á abandonar sólo la tierra, cuando he aquí á un desconocido que saliendo del círculo de los espectadores, me suplicó le permitiese acompañarme. Tan activas fueron sus instancias, y tantas sus promesas y juramentos de conformarse punto por punto á cuanto le prescribiese, que accedí por fin en admitirle. Entró en la barquilla: inmediatamente hice soltar las amarras, y á los pocos segundos sobrepujáramos ya las cimas de los árboles.

Mi compañero no manifestó el menor síntoma de inquietud: iba sentado dentro de nuestro frágil y peligroso asilo con la misma calma y sangre fría que si se hallase en la más cómoda butaca, procurándose el reposo que exige la digestión de una comida succulenta. Semejante al volátil parecía deleitarse en su elemento. Con objeto de facilitar nuestra ascensión, vacié un saco de arena de los que me había pertrechado, y esta acción pareció embelesarle, pues me suplicó que me deshiciera del lastre restante. Me resistí; insistió; pregúntele entonces de qué provenía su empeño en querer remontarse á tanta altura.

—Temo que me reconozcan, me contestó.

Al pronto creí tener que habérmelas con un ente original, que había emprendido aquel viaje aéreo por efecto de una calaverada, y que se sentía con temor de que el suceso llegase á noticia de algún pariente suyo; mas yo le aseguré que bien podía ir descansado, porque desde la tierra no distinguirían su fisonomía.

Sordo á todas mis razones, me apremió con nueva vehemencia á que aligerase la barquilla de su lastre. Yo no podía acceder á su ruego; nos encontramos ya muy elevados; el viento nos impella hacia la marina, y yo sentía en mis adentros cierta inquietud: mandé con toda formalidad que se tranquilizase y se estuviese quieto. Murmuró entre dientes ciertas palabras interrumpidas, y luego vi que arrojaba al aire su sombrero; quitóse acto continuo la levita y la hizo seguir el camino que recorriera el sombrero.

—¡Bien, muy bien! exclamó: ahora iremos algo más descargados; subiremos mejor. Y empezó á desanudar su corbata.

—¿Por qué hacéis eso? le grité; si aunque nos observen con telescopio, no pueden saber desde abajo quién seáis.

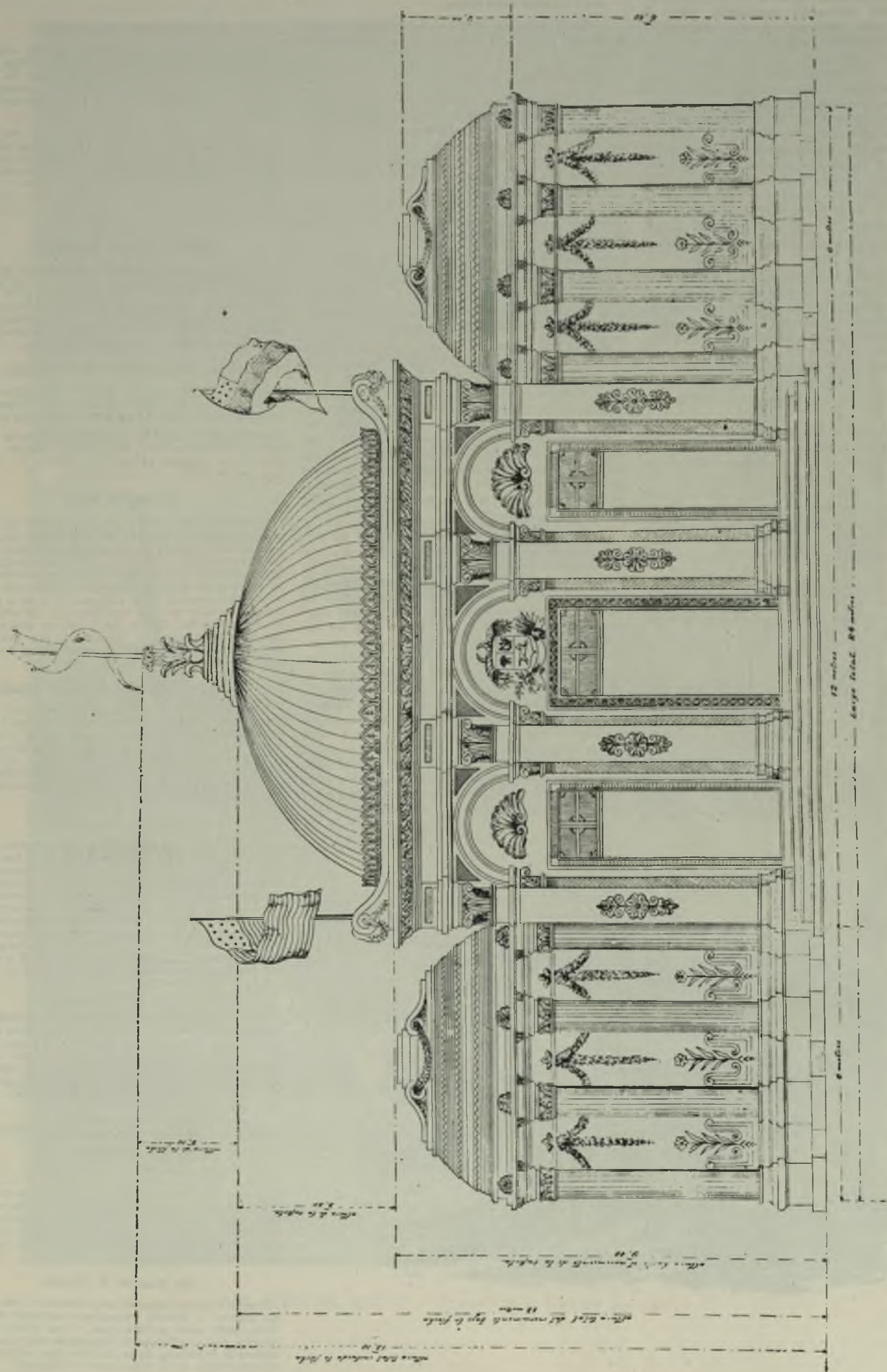
—Que no os lisonjee mucho esa idea, me replicó; buena vista tienen en casa del doctor Van-Speen.

Así se llamaba un médico que dirigía un establecimiento sanitario célebre, y consagrado especialmente á la curación de las enfermedades mentales.

—Por ventura, le dije, ¿conocéis al señor Van-Speen?

—¡Toma si le conozco! He estado dos años alojado en su casa, donde se me han prodigado los peores tratamientos; allí me han sangrado, purgado, rociado con agua fresca, en fin, se me ha atormentado sin cesar. Jamás fui allí dueño de mis acciones: allí vivía como en una mazmorra. Esta mañana he conseguido escaparme de aquella condenada mansión; no, no volveré á ella.

Ya pueden ustedes figurarse cómo me quedaría al oírlo; me hallaba en compañía de un loco, dentro



EDIFICIO DE VENEZUELA EN LA EXPOSICION DE CHICAGO

de una débil barquilla, levantada por un globo aerostático, y á una elevación de cerca de dos mil varas. Un momento permanecí anonadado, yerto de pavor. Un rapto súbito de mi camarada, una veleidad funesta de parte suya, una lucha entre nosotros, cualquier accidente, en fin, nos conducía á la perdición. Él repetía con furor su grito que tanta alarma me causaba: ¡más arriba! ¡más arriba! ¡más arriba! y se desnudaba á toda prisa, y en seguida echaba al aire sus vestidos. Yo le miraba con ojos embrutecidos, sin atreverme á hacerle la más pequeña observación; pues conocía que todo trabajo era perdido, y temía encolerizarle. Pero mi terror llegó á su como, cuando no bien se hubo quitado las medias, le ví volverse hacia mí, y mirándome de arriba abajo con ojo feroz, me dijo:

—Aun nos quedan diez mil leguas por andar; preciso es que uno de los dos se deshaga del compañero.

Sus cabellos se erizaban, sus manos se contraían: él era por otra parte de complexión más robusta que la mía, y por lo tanto no me era dable pensar en oponerle resistencia. Antes que verme en tal estado, hubiera preferido hallarme abandonado á un antropófago, ó cara á cara con un tigre en ayunas; todo lo que se quiera, antes que contemplarme allá á la merced de un insensato para con quien eran superfluos los ruegos, las súplicas, las observaciones, los discursos.

Si siquiera intentara impedírselo, le ví coger y precipitar nuestros tres sacos de lastre; el globo subió entonces con una velocidad más y más aterradora: alcanzaba ya una región á la cual jamás hubiese imaginado poder llegar: la tierra había desaparecido; apiñados nubarrones iban dando vueltas debajo de nosotros, ascendían sobre nuestras cabezas, se cernían en derredor; un frío mortal embargaba todo mi cuerpo. Y siempre continuábamos subiendo.

El loco se mostraba descontento y hablaba consigo mismo.—Nosotros no vamos allá, no vamos allá, susurraba entre dientes. De repente volvióse de nuevo á mí, y me dijo:

—¿Sois casado? ¿Sois padre?

—No, le contesté.

—Por eso no tenéis prisa en llegar; yo tengo trescientas esposas, y cinco mil hijos; y á estas horas estaría con ellos si el doble peso que arrastra el globo no amainase su vuelo; tanto retardo me exaspera.

—¡Caramba! repliqué á la aventura, y siempre ansioso de ganar tiempo; ¿pues no deja de ser numerosa vuestra familia? ¡Cinco mil hijos! ¿Supongo que á proporción de la familia serán vuestros medios de fortuna?

—¡Quién piensa en eso!

—¿Y habitan todos juntos?

—Sí. Y cada uno de mis mujeres tiene un gato y un loro, y cada uno de mis hijos, un caballo y diez perros.

—¡Santo Dios!.....Pero.....

—No hay peros que valgan: tengo un palacio todo de una pieza de cristal de roca, que contiene fábricas de paños y de sombreros, almacenes de todo género, tahonas y otros artefactos, también hay en él un sin número de fanegas de tierra de pan llevar, otra porción de viñas y de árboles frutales; huertas y molinos; una balsa en un patio donde navegan cinco navíos de tres puentes con 5.555 cañones de á ochenta, y cincuenta culebrinas rayadas que plantan una bala á la distancia de 1.825,000 millas.

—¡Magnífico! ¿Y dónde tenéis ese palacio?

—¡En la luna! y allí voy yo, allí haré un desembarco, luego que haya librado de tí. Vamos, vete, ¿no ves que me estás estorbando?... ¡Bastante tiempo te he sufrido...fuera de aquí, y pronto!

El globo se remontaba con nueva rapidez. Nada más oí; pues á las palabras de aquel furioso se siguió una lucha horrible, espantosa... Echóse sobre mí, y á su contacto creí que se me había caldo encima una montaña; su aliento abrazador me turbaba; sus brazos me apretaban el cuerpo como si fuesen un círculo de hierro...por instantes me faltaban las fuerzas...no podía gritar, ¿y para qué? Me hallaba en el inmenso espacio, donde ninguna voz humana podía contestar á la mía; donde ningún ser caritativo podía acudir á salvarme...cerráronse mis ojos, perdí la cabeza, y...

Al llegar á este punto la relación, resonó un alarido horrendo; y una violenta sacudida nos arrojó unos encima de otros, casi sin sentido: el coche en que íbamos se había volcado, y afortunadamente no había rodado á un abismo, porque caballos y coche quedaron sujetos en su caída en unas gruesas estacas que había clavadas en uno de los lados del camino. El conductor, atento al maravilloso relato, había olvidado la dirección del carruaje. Los más salimos bien librados con algunas contusiones asaz ligeras; mas el aeronauta, cuya narración fuera tan bruscamente interrumpida, sacó un brazo roto, en razón de haberse dado al caer contra una piedra. Dejamos á aquel pobre contuso en el primer lugar donde hicimos alto; allí se le puso en manos de un cirujano. Desde entonces no he vuelto á saber de él, ni por consiguiente el resultado del mal paso en que se vio metido. Es lástima, porque el desenlace del drama aéreo no dejaría de ser interesante.

NUESTROS GRABADOS

Jesucristo.—Escultura

Días de meditación para el cristiano son estos que atravesamos, y nada convida tanto á meditar como los padecimientos tenidos por el Redentor de la humanidad en el patíbulo que desde el solemnísimos instante de la muerte de Jesús convirtióse en lábaro de gloria.

El grabado que hoy presentamos copia una célebre escultura que representa con grandeza artística al Cristo muerto en la cruz por redimir al hombre. Este difícil asunto ha sido, como se vé, tratado con maestría por Francisco Rude. Ver la obra y sentir como corre el raudal del sentimiento tolo es uno. Nada ofreceríamos de más cónsono con las piadosas ideas que deben privar en estos días.

Doctor Anibal Dominicí

El retrato que hoy aparece en nuestras páginas del conocido jurisconsulto y literato Doctor Anibal Dominicí, es de muy notable parecido y lo debemos al hábil dibujante Antonio Herrera Toro, cuyo talento no cesamos de aplaudir. La reproducción es una buena muestra del mejoramiento progresivo de los fotograbadores de la empresa El Cojo.

Doctor Juan de Dios Méndez, hijo

Damos á la estampa el retrato del Doctor Juan de D. Méndez, hijo, joven abogado cuya reputación de hombre de foro y de escritor crece de día en día.

Llamamos la atención de nuestros lectores hacia los apuntes biográficos del Doctor Méndez, hijo, obra de la elegante pluma de Salvador N. Llamazas, que se hallan en otra sección.

El mes de Abril

No tiene el mes de Abril para nosotros los que gozamos de perpetua primavera los variados encantos que para los habitantes de los países septentrionales. Nada lleva tanta alegría al espíritu como el reverdecimiento de las plantas y la reaparición de las flores después de las tristezas del invierno. Verdadera sonrisa con que la naturaleza responde á las caricias del sol es la primavera. El cuadro que hoy reproducimos, característico de una época del año en los países de otra zona es constante entre nosotros. Démosle de ello gracias al Supremo Sér «que levantó su trono de regalo y pasatiempo sobre esta naturaleza colosal.»

Fachada é interior del hotel Klindt

El hotel Klindt es uno de los más cómodos y bien servidos de la capital de Venezuela. Agrégase á esto que ya es mucho, y á su situación central, el ser garantía del respeto debido á los huéspedes la circunspección y honorabilidad de los propietarios, quienes á fuerza de laboriosidad y contracción han logrado llevar el establecimiento á muy favorables condiciones de crédito y estabilidad.

Plaza San Francisco

Para cuántas personas de la nueva generación será grato formarse idea de cómo era la plaza de San Francisco antes de construirse la fachada de la Universidad! Dos vistas ofrecemos hoy de aquel concurrido punto de Caracas antes y después de plantarse la hermosísima ceiba que hoy cubre con su ancha sombra á corredores, estudiantes y cocheros. Bien que ventajosamente transformado el sitio, el recuerdo es triste para los que más de una vez tuvimos que huir, dejando abandonados en aquella plazuela los trompos y las metras, á la aproximación de los guardianes del desorden público.

Música

Dos composiciones musicales de Don Eduardo Calcaño, ambas sobre temas religiosos, publicamos en este número que circula en los días de la Semana Santa. Las producciones musicales de Calcaño llenas siempre de sentimiento, abundan en esta cualidad cuando el autor se inspira en asuntos místicos, como que es la religión donde todo es amor puro é inagotable, fuente para la inspiración artística.

Edificio de Venezuela en la Exposición de Chicago.

El edificio de la exposición venezolana en la de Chicago, de cuya fachada publicamos hoy un dibujo, será de estilo greco-romano, construido de hierro y mármol; en la cúpula central irá el pabellón venezolano, y en cada uno de los laterales una estatua obra del célebre escultor Turini, representando á Cristóbal Colón y Simón Bolívar, descubridor el uno y libertador el otro de Sur América.

Dr. Manuel V. Toledo

También presentamos en este número el retrato del Dr. Manuel V. Toledo, venezolano residente en New York desde hace muchos años, y que acaba de ser honrado por el gobierno de Venezuela con el nombramiento de Presidente de la Comisión que representará á la República en la Exposición de Chicago.





EL MES DE ABRIL CUADRO POR EMILIO KAIRER

SEMBLANZAS DE PROGRESOS CIVILES

DOCTOR JUAN GERMAN ROSCIO

CARTAS INEDITAS

COLECCION YANES

Al B. C. Francisco Xavier Yanes, de la S. C. de Justicia, y Comisionado para la de Almirantazgo en Margarita.

Angostura 1º de agosto de 1820.

Mi querido Yanes:

Recibí su apreciable del 17 del pasado y me alegro que haya cesado la incomunicación, pues el 30 del mismo llegó la correspondencia. Casi al mismo tiempo vinieron de Santomas y nos dan la misma noticia de los irlandeses sublevados, pero es hija de la misma madre de la que llegó ahí, aunque en una carta me citan otra de Caracas que habla de completa disolución. En la *Gaceta* verá usted lo que es le contesté á Morillo por aquí y por Apure. Más me gusta la respuesta del General Arismendi al que le llevó pliegos de Morillo y del Gobernador de Cumaná. Esperamos lo que Bolívar haya contestado. Debe usted saber lo que voy á comunicarle para que vea que Morillo nos hace la guerra aun cuando nos ofrezca su paz ó su maldita reconciliación.

Llegó al cuartel Monagas en Santa Clara, provincia de Barcelona, el oficial que traía el pliego de Morillo. Monagas ausente, su buen suplente en lugar de detener allí al parlamentario y dar parte al Gobierno, le permite venir hasta aquí *hospite insalutato*, con la sola precaución de un oficial que lo acompañase. Llegó aquí á las ocho de la noche y me entregó su correspondencia con la siguiente dirección: Servicio Nacional.—*Al Serenísimos Congreso establecido en Guayana.*—Del General en Jefe del Ejército Espedicionario de Costa firme.

Al momento conocí que su apertura y contestación tocaban al Poder Ejecutivo, encargado de las relaciones extranjeras, y de tal modo que puede y debe reservárselas del conocimiento del Legislativo siempre que exijan secreto.

Por la ordenanza de correos publicada aquí, toca al Gobierno abrir todo papel procedente del enemigo, leerlo, retenerlo, ó pasarlo á su título, si nada contiene perteneciente al Estado y su seguridad. Por la 17, tit 16, lib 3, de la recopilación de Indias podía y debía el Gobierno abrir toda carta, ó pliego sospechoso de contener algo contra Dios ó contra la seguridad de la tierra. Por el derecho de la guerra y la práctica de los pueblos beligerantes, me hallaba también autorizado para abrir el de Morillo al Congreso. Apropósito: Darlo á precaución, antes de la batalla de Iso depositó en Damasco inmensas riquezas. Victorioso Alejandro el Grande en esta acción, y deseoso de apoderarse del tesoro depositado en aquella ciudad, despachó luego á Parmeniön con suficientes fuerzas para sitiársela, mientras el mismo Alejandro marchaba con el resto de su ejército. Al acercarse Parmeniön á Damasco cogió un mensajero que despachaba el Gobernador de la ciudad con una carta para Alejandro, ofreciéndole poner en sus manos todo el depósito, pero con tal cautela ó pretexto que no fuese conocida la perfidia.

El General en el momento abrió la carta é instruído del secreto consertó con su escritor el modo de ejecutar la entrega del tesoro sin nota de infidencia y quedó todo hecho; de manera que cuando llegó el rey Alejandro ya estaba todo en su poder, sin haber sabido antes ni una palabra, ni tenido que decir nada sobre la apertura y lectura del pliego, porque era un deber del General el obrar como obró en tales circunstancias. Ni podía suponerse orden previa, cuando no podía suponerse la traición del Gobernador de Damasco, ni el que dejase de entenderse con Parmeniön en todo lo concerniente al sitio, mientras el rey estuviese ausente.

Sin embargo quise por vía de armonía y fraternidad abrir el pliego á presencia de la Diputación Permanente y convenir los términos de la contestación. Con este designio oficié luego para que se juntasen y me dijeron que eran las 9 de la noche y que por la mañana se haría. Así lo hice y juntos rehusan el que yo entrase y tuviese ninguna parte en la apertura y lectura del pliego. Me retiré diciéndoles que pues urgía el despacho del parlamentario enemigo iba á abrir el pliego.

Lo mismo les dije por escrito, abrí y nada encontré que no estuviese ya presumido y contestado mil veces. A pesar de esto volví á escribirles diciéndoles esto mismo; y que aunque la respuesta era de cajón quería que acordásemos el modo, no la esencia de la respuesta, encar-

gando sobre todo la brevedad para devolver al parlamentario. Nada me contestaban y yo ansioso de salir del oficial enemigo reiteré la instancia. Pasado el día en estas dilaciones no quise aguardar más, y puse la mano á responder á Morillo, mientras los de la diputación, en una prolongada acta, me anatematizaban, declarándome excomulgado por la apertura del pliego, y convocando el Congreso, para que tocando las campanas excomulgatorias, me deponga de la Vicepresidencia y nombre otro Vicepresidente.

Despachada mi contestación me dediqué á refutar el acta de la Diputación, manifestándole la legitimidad de mi proceder, y la nulidad de una convocatoria de Congreso sin la necesidad expresa en la ley y sin la citación de todos los diputados existentes en el territorio de la República.

Casualmente había 9 Diputados más, fuera de los 7 de la diputación, y con 15 aparece un nuevo Congreso el día 10 á las 10 y media de la mañana; cuando la Constitución mandada observar por vía de ensayo, en la ley de la unión exige por lo menos 23 que son las dos terceras partes de 35, para el valor de las sesiones, y cuando la apertura de ellas debía hacerla el Presidente ó Vicepresidente, conforme á la Constitución. Los 15 nombran Presidente de su nuevo Congreso á Peñalver y con él principian sus sesiones, pidiéndome los papeles de Morillo y que detuyese el regreso del parlamentario hasta otra providencia congresal.

Yo me abstuve de concurrir aunque citado como diputado, por no contribuir de ningún modo al exceso, esperando que al leerse mi refutación, se apartarían todos y se irían á sus casas, convencidos de la nulidad del acto.

Como la constitución concede al Poder Ejecutivo el plazo de diez días, para conformarse ó no conformarse con lo que deliberase un Congreso legítimo, y dos días en los casos urgentes, declarados como tales, quise valerme de este término para dar tiempo á que se refrescasen las cabezas exaltadas y entrasen en su deber.

Pensaba yo que Soublette, en cuya casa se alojó el parlamentario lo hubiese despachado á tiempo; pero diferido por motivos ó pretextos al parecer racionales, vino á salir de su casa el parlamentario á la una de la tarde, á vista de los 15 congresales, que creyeron que de intento lo hacía yo marchar entonces, y á sus barbas por burlarme de ellos, y sin más allá ni más acá, acuerdan que vuelva de su camino el oficial español; y que se pongan las armas á su disposición. Al mismo tiempo me pasan otro oficio amenazándome con que me pondrían fuera de la ley, si en aquel momento no enviaba los papeles de Morillo.

Por acuerdo del Congreso del año pasado se asignó por guardia suya el batallón llamado de Angostura. Validos de este acuerdo llaman á Soublette, por medio de una diputación y le intiman que ponga la fuerza armada á disposición de ellos y que haciendo retrogradar el parlamentario, lo mantuviese también á disposición de ellos, y recogiese y les entregase mi pliego de contestación.

Sesión del 11.—Gritos y acusaciones contra el Vicepresidente, juicio criminal contra él, admitida la acusación de los de la diputación y el parlamentario testificando la locura sin despacharse.

Sesión del 12.—Fuí al nuevo Congreso como Vicepresidente; escuché disparar á las mil maravillas y no quise hablar hasta que todos hubiesen hablado. Mi primera observación fué que no había en la mesa de la sala ni un ejemplar de la Constitución. Manifesté el dolor de ver permanecer entre nosotros un espía y espía privilegiado por el derecho de la guerra, que iba á contar y añadir á pedir de boca de Morillo.* Que por no ser oído de este espía me había abstenido de concurrir. Que mientras otros discurrían había oído hechos imaginarios, falsas suposiciones, y confundir los errores con los crímenes. Que en mi actual conducta no sentía otro remordimiento que el de no haber abierto el pliego luego que lo recibí y despachado el parlamentario en la misma noche. Que no pudiendo mirarse bajo otro aspecto que el de una competencia de jurisdicción la ocurrencia con la diputación, era muy extraño el verla allí calificada de acusadora y votando en la decisión de la competencia. Que lejos de ser un crimen era un deber laudable el suscitar ó sostener competencias en favor de las facultades de cada competidor. Que toda competencia había de dirimirse por un tercero imparcial y no podían ser jueces de la decisión los mismos competidores. Que en esta línea no se conocía otra pena que la de perder el conocimiento de la causa el competidor que innovase pendiente la competencia siempre que tocase la causa á jurisdicciones prorrogables y no privilegiadas. Que urgiendo el despacho del negocio que ocasionaba la competencia, y estando ausente é impedido el que había de dirimirlo, estaba prevenido en el derecho que lo despachasen

ambos competidores sin perjuicio, que era cabalmente lo mismo que yo había pretendido. Que por otra parte quererme privar del plazo que concede la Constitución, para otorgar ó repeler los acuerdos de la Legislatura, era querer derogar la Constitución misma etc. etc. Y concluí reservando lo demás que me restaba por decir, hasta que saliese el parlamentario.

Lo despacharon efectivamente el 13 y se fué el 14, quedando suprimido mi despacho, como lo deducirá usted de la *Gaceta*. Como ha sido anticonstitucional el titulado Congreso, también lo ha sido el despacho del parlamentario ó la contestación á Morillo; pues ningún cuerpo legislativo entra en comunicaciones directas con los gobiernos extranjeros. Así se burlará Morillo de los tales congresantes, y tiene ya que alegar en su *Gaceta* que si se le atribuyen infracciones de la constitución, también aquí quebrantamos la nuestra, convocando Congresos sin citar á todos los que lo componen, etc., etc.

Un agravio se ha hecho á todos aquellos que no han sido citados y cada uno de ellos tiene acción para argüir de nulo el de 10 de julio, y aunque no usasen de ella sería nulo por los demás artículos indicados. Concluirémos las sesiones.

Duraron hasta el 18 de julio en que volvieron al receso. Se ocuparon después del parlamentario en censurar la conducta del Ejecutivo en otras dos ocurrencias frívolas de la diputación con el Ejecutivo.

Declararon también acabada la Diputación por la sesión extraordinaria del nuevo Congreso y procedieron á nuevo nombramiento. Resultaron reelectos los mismos.

Tan necesaria es la citación de todos para las sesiones, extraordinarias, estando en receso el Cuerpo Legislativo, que el General Arismendi en uno de sus oficios de la última correspondencia, hablando de la necesidad y utilidad de nombrar en esa isla para ciertos empleos á diputados del Congreso, supone que tal vez por los acontecimientos de España, serán citados los que existen ahí para que vengan á formar sesión extraordinaria. Prevé Arismendi que había de convocarse el Congreso á sesión extraordinaria, y por sus luces naturales sabe que todos deben ser citados, y que son más dignos tal vez de ser citados, los ausentes en campaña y otras provincias porque tal vez estarán en su ausencia sirviendo mejor á la patria, que muchos que pasan aquí el tiempo en bagatelas.

Firmada la Constitución y tocada la dificultad de congregarse 18 para lo que restaba que hacer, se redujo el número que fueron 12. Pero sobrevino la Unión y en su ley fundamental votaron 17 por la observancia interina de la Constitución; quedó por consiguiente revocado el acuerdo de los 12 y subsistente la constitución que con menos de las dos terceras partes no presta valor á las sesiones. Mas aunque bastase un número menor, siempre para nueva convocatoria de Congreso es indispensable la citación de todos para casos extraordinarios, ó el señalamiento de día en la ley constitucional para las ordinarias.

El Congreso de Venezuela en obsequio de la Unión se desnudó del carácter de Constituyente, de tal suerte que su propia Constitución, obra de 7 meses de trabajo, la redujo á la clase de proyecto, para con el futuro Congreso de Colombia. Quedó pues por este acto muy limitado en sus facultades y convocable para casos muy graves y urgentes, como fallecimiento del Presidente y reconocimiento de nuestra independencia, no para contestar á Morillo lo que mil veces tenemos contestado y solemnemente declarado.

Aunque la constitución no previene expresamente que todos sean citados cuando sobrevenga caso de sesión extraordinaria, lo dá por supuesto, como cosa de cajón y prevenida en el derecho. Y bajo esta suposición es que ella misma considera muy tardía la convocatoria de un Congreso extraordinario, y bajo esta consideración es que en sus recessos autoriza de una manera extraordinaria al Ejecutivo. Puede conceder indultos generales y particulares y puede suspender el imperio de la misma constitución, con tal que en la providencia de suspensión libre la convocatoria del Congreso, con citación y emplazamiento. Si bastara citar una parte, que residiese en la capital y sus inmediaciones siendo esto como lo fué aquí obra de 21 horas, no tendría tales facultades el Ejecutivo, pudiendo usar de ellas dentro de tres días el Legislativo, por modo como se formó el 10 de julio en Angostura.

Díré á usted otra circunstancia que influyó mucho en este escándalo. Una sociedad llamada de amigos en esta ciudad, dispuso dar un baile y una cena en la casa de los Maneyros, para convidar al parlamentario con la idea de que viese que no eran unos chucutos los patriotas

de Guayana, ó unos miserables vestidos de guayuco, como pensaban Morillo y los suyos. Se les dijo que el vulgo no daría esta inteligencia al convite del parlamentario, sino otra muy distinta y quizás pernicioso á la causa. Prepararon sin embargo su cena y su baile para la noche del 10, á que no podía asistir el parlamentario yéndose el 9 por la tarde ó el 10 antes de la cena y baile. Bailó, pues y cenó el parlamentario por los excesos de la nueva congregación.

El mejor colorido que ha podido dársele á este escándalo es decir que había tanto ardor por la repulsa de las proposiciones de Morillo, que cada autoridad aspiraba al derecho y honor exclusivo de decirle que no. Veremos lo que dice el futuro Congreso. Ni un solo diputado había de la Nueva Granada en la congregación, y no sería del gusto de los granadinos que 15 diputados de Venezuela, quitasen al Vicepresidente de Colombia. Usted como suplente por tres de Casanare ausentes en países extranjeros, y aun por Uribe, muerto aquí, debió ser uno de los citados para esta sesión extraordinaria.

Ya estoy cansado de escribir. No se si tendré tiempo de hacerlo á Martín Tovar, de quien nada he sabido en esta correspondencia. A Marcano envié un gran pliego, que le remití de Curaçao Mérida. Al General Guevara contesto varias cartas en esta ocasión. No me acuerdo cuál fué el número último de la *Gaceta* que dirijí á usted por Trinidad y cuyo recibo me avisa; pero irán los siguientes poco más ó menos.

Salud independencia y libertad. Reciba usted memorias de Dolores y mande á su afectísimo.

Roscio.

- PD.—Vienen por las antillas los emisarios de Morillo engañando emigrados y diciendo á los extranjeros: "Somos tres americanos los que vamos encargados de esta misión y son la mayoría de los americanos los que están por la constitución y gobierno de España. Un pequeño número de facciosos, ambiciosos etc. son los únicos que la resisten."

Vale.

De manos del señor D. R. G. de Uribarri, Ministro de España, hemos tenido el gusto de recibir el programa que á continuación verán nuestros lectores, para el certamen científico, literario y artístico, que se ha de celebrar en Huelva el 2 de agosto de 1893, en conmemoración de la salida del puerto de Palos de la expedición que descubrió el Nuevo Continente.

El señor de Uribarri nos ha manifestado al mismo tiempo su especial deseo—que nosotros no podemos menos de apoyar agradecidos y con todas nuestras fuerzas—de que los literatos venezolanos tomen parte en el expresado certamen.

Y en efecto, nada más justo y lógico que el que estas naciones, hijas de la heroica España y poseedoras de su mismo idioma, contribuyan con la Madre patria á celebrar dignamente la fecha en que el ilustre genovés salió del puerto de Palos á descubrir el Nuevo Mundo.

Oigan, pues, nuestros literatos la bondadosa excitación del señor Ministro de España, y asistan á este certamen, á fin de dejar bien puesto, como en otras ocasiones ha sucedido, el nombre de nuestra querida Venezuela.

PROGRAMA

PARA EL CERTAMEN CIENTÍFICO, LITERARIO Y ARTÍSTICO QUE SE HA DE CELEBRAR EN HUELVA EL 2 DE AGOSTO DE 1893, EN CONMEMORACIÓN DE LA SALIDA DEL PUERTO DE PALOS DE LA EXPEDICIÓN QUE DESCUBRIÓ EL NUEVO CONTINENTE.

1º El Certamen se celebrará el día 2 de agosto próximo, á la hora y en la forma que designará el correspondiente programa.

2º Podrán tomar parte en el Certamen cuantas personas lo deseen.

3º Los asuntos sobre que éste ha de versar serán seis. Para cada uno de ellos habrá un premio, reservándose la Sociedad conceder también un accésit á las obras que considere dignas. Se reserva asimismo el derecho de imprimir las. Los autores de las composiciones conservarán, sin embargo, la propiedad literaria de ellas.

4º Los temas elegidos son los siguientes:

PRIMER TEMA

Una Oda á la Unión Ibero-Americana.—Premio de S. M. la Reina D^a Isabel II. Una figura de bronce representando á CRISTÓBAL COLÓN.

SEGUNDO TEMA

Himno á los descubridores del Nuevo Mundo, para canto, con acompañamiento de orquesta. Forma popular sería, de fácil ejecución y ésta de duración de 20 á 30 minutos. Letra y música á la vez.—Premio de S. M. el Rey D. Alfonso XIII. Un precioso fauno de bronce.

TERCER TEMA

Canto épico al descubrimiento del Nuevo Mundo.—Premio de S. A. R. el Serenísimo Sr. Infante Duque de Montpensier (q. s. g. h.) consistente en un magnífico alfiler de corbata de brillantes y turquesa.

CUARTO TEMA

Juicio crítico sobre la intervención que tuvo en el descubrimiento del Nuevo Mundo el Guardían de la Rábida, conocido por Fray Juan Pérez de Marchena y noticias biográficas acerca de este célebre personaje.—Premio de S. A. R. la Serma. Sra. Infanta D^a María Isabel Francisca. Un valioso bastón con puño de oro, amatista y brillantes.

QUINTO TEMA

Examen crítico sobre el sistema de colonización de los españoles en América y sobre sus ventajas ó inconvenientes respecto del empleado por otras naciones en esta región del globo.—Premio de S. M. la Reina Regente. Un notable busto de OTELO, de tamaño natural, en bronce.

SEXTO TEMA

Estudio histórico-crítico sobre el fundamento y verosimilitud de las narraciones que consideran al navegante Alonso Sánchez de Huelva como precursor de COLÓN en el Nuevo Mundo y sobre el que también tengan los que sostienen que éste utilizó para su descubrimiento los datos ó noticias que el piloto onubense le facilitó respecto de su viaje á tierras desconocidas allende el Atlántico.—Premio de S. A. R. la Serma. Sra. Infanta Duquesa Viuda de Montpensier. Un valioso alfiler de ópalo rodeado de brillantes.

5º La calificación de las composiciones que se presenten corresponderá á un Jurado de cinco jueces, bastando el voto unánime de tres de éstos para tomar acuerdo.

6º Las composiciones deberán ser presentadas ó remitidas al Secretario de la Sociedad Colombina antes del día 15 de junio inmediato.

7º Estas composiciones serán inéditas y escritas en lengua castellana, y su presentación se verificará en la forma siguiente:

En un pliego cerrado se incluirá la composición llevando por única firma un lema.

Otro pliego, también cerrado, contendrá el nombre del autor y su domicilio, y en la cubierta se consignará el asunto de la composición y el mismo lema puesto al final de ella.

8º Los pliegos que contengan los nombres de los autores no premiados se inutilizarán sin abrir, quedando por tanto ignorados dichos nombres.

9º Llegado el día del Certamen (2 de agosto), se constituirá el Tribunal compuesto de la Junta Directiva de la Sociedad y del Jurado, y abierta la sesión el Presidente pronunciará ó leerá el discurso de apertura. Acto continuo se irán leyendo, por el orden que se detallará en el respectivo programa, las composiciones que hubieren merecido premio ó accésit, así como las que obtengan mención honorífica. La lectura de cada uno de los trabajos se efectuará por el respectivo autor ó por la persona á quien éste designe, y en otro caso por la que señale el Presidente.

10 Para dar lectura á cada una de las composiciones se abrirá previamente por el Presidente el pliego que contenga el nombre del autor, el cual publicará el Secretario de la Sociedad, siendo llamado por éste á ocupar el sitio que le corresponda.

11. Leídas todas las composiciones, los autores premiados, con asistencia del Jurado, se presentarán ante el Tribunal y recibirán del Presidente el premio concedido á cada uno de ellos.

12. Tanto las composiciones premiadas como las que no hubiesen obtenido premio, se depositarán en la Biblioteca de la Sociedad Colombina.

13. Antes de levantarse la sesión se publicarán también los temas que han de optar á premios en el Certamen del año 1894.

Huelva: 2 de agosto de 1892.

El Presidente,

José S. MORA.

El Secretario,

F. HERNÁNDEZ QUINTERO.

SU CARA MITAD

NOVELA ESCRITA EN INGLÉS

por

F. BARRETT

traducida al castellano por

FRANCISCO SELLEN

Conclusión

—¿Cómo es eso? Yo creía que en esta época del año tenía usted siempre mucho trabajo.

—Así es. Jamás he tenido una temporada tan próspera como la actual. Tengo más pedidos de los que puedo ejecutar. La semana pasada gané veinte libras esterlinas.

—Bien; con tanto trabajo no tendrá usted tiempo de pensar en otra cosa, le dije.

Dió un suspiro y exclamó tristemente:

—¡Pienso demasiado, demasiado!

—Usted tiene algo que le atormenta, le dije deseando sondear su corazón. ¿Está su madre enferma, ó tal vez su hermana?

—No, replicó, ambas gozan de la mejor salud. Mi hermana se casó hace dos semanas, y mi madre ha ido á verla en su nueva morada, y creo que allí se quedará, porque se ha llevado todo lo suyo.

—Y naturalmente usted echa de menos su compañía.

—Hasta cierto punto. Es en realidad una cosa buena para ellos y para mí.

—¿Pero usted se fastidiará de estar sólo?

—Sí, es muy triste estar sólo; y cuando pienso lo diferente que habría sido si mi hermana se hubiera casado dos meses antes.....

—¿Cómo! ¿Usted aún piensa en Cecilia?

—Sí, dijo con otro suspiro. Yo me porté muy mal con ella, y esto es lo que me hace tan desgaciado. Me porté de una manera inaudita y esto es también lo que me mortifica. Estoy avergonzado de mí mismo.

—Todos nosotros hacemos algo malo una vez que otra, dije; ninguno es perfecto, y no debemos atormentarnos con el recuerdo de nuestras faltas si hemos hecho todo lo posible para repararlas.

—Así es, me contestó. Pero yo no he reparado mi falta. Cecilia debe aun pensar que abrigó aquellas locas sospechas de doblez de parte suya. Ella no sabe cuán amargamente me arrepiento de las acusaciones insensatas que le hice, porque no he hablado con ella ni con nadie desde aquella noche funesta.

—¿Pero por qué no lo hace usted? le dije: Cecilia es hoy tan generosa y fácil en perdonar como siempre. Es una excelente muchacha que tiene el corazón en su verdadero lugar, lleno de ternura y afecto.

—No, no, replicó. Yo prometí á Potter que no sería un obstáculo; y si el señor Leclerc es mejor partido que yo, no haré nada para impedir que se case con ella. Y Cecilia puede pensar de mí lo que quiera.

—Eso es un sentimentalismo absurdo, le dije. He visto piezas de teatro y he leído novelas en que sentimientos é ideas como los expresados por usted han causado la separación de los amantes, por cierto que esos dramas y novelas han sido siempre bastante malos. Es muy natural que los amantes sean celosos y tengan sus disgustos y querellas; pero lo que no es natural es que usted obligue á esa muchacha á que se case con otro, quiéralo ó no lo quiera, simplemente porque se le ha metido á usted en la cabeza que será mejor partido que usted. Ningún joven que está verdaderamente enamorado de una muchacha, cree que otro hombre la ama más y mejor que él.

—Pero, señor Holderness, me dijo, usted tiene que admitir que la posición del señor Leclerc es mejor que la mía.

—Admito que podrá tener mil libras esterlinas por cada libra que usted posea. ¿Y bien? ¿qué hay con eso? ¿Se atrevería usted á insinuar que Cecilia es una muchacha interesada, que estima en más el dinero que el amor?

Me expresé con indignación porque Horacio me había hecho perder la paciencia, sabiendo cuán desinteresada era aquella muchacha, cuán buena, y cuán nobles sus sentimientos.

POR EUGENIO MÉNDEZ Y MENDOZA

SUMARIO:

EL INDULTO
CON MOTIVO DE LA SEMANA SANTA
PENSAMEN
CASAS DE ALQUILER
DIVERSIONES
SALUDO
EPIGRAMA
OBRAS RECIBIDAS

La neutralidad en política tiene que ser una de las primeras condiciones de todo periódico de la especie de EL COJO ILUSTRADO, atendiendo á que tienen estos por objeto estimular por una parte el ingenio en sus labores, y por la otra, hacer cuanto sea posible extensos en el público el conocimiento de los hombres espectables, como dejar gráfico recuerdo de sucesos que puedan considerarse como puntos de mira para trazar, cuando se quiera, el rumbo que hemos seguido en nuestro viaje accidentado á la meta de la civilización, constante anhelo de toda sociedad no envuelta en noche de barbarie. Uno y otro objeto serían imposibles de lograr si hubiese siquiera leve sombra de parcialidad política en una empresa como esta; mas, no sería justificable llevar el propósito de neutralidad hasta guardar silencio cuando en el campo de la política se efectúan hechos cuyo carácter es antes que político humanitario, hechos que enaltecen la sociedad en cuyo seno ocurren, que recomiendan al respeto de los otros pueblos á aquel cuya índole magnánima se revela por manera tan significativa como oportuna.

Ya se comprenderá que lo dicho se encamina á explicar por qué batimos palmas hoy celebrando el indulto concedido por el Ejecutivo Nacional á las personas que figuraron en la última guerra en el opuesto bando al triunfador. Si es que avanza el hombre hacia la perfección debe caer en completo olvido la violencia y hacerse puesto la generosidad, efluvio de las almas grandes que engrandece á las pequeñas.

*

Desde que dejaron de salir las procesiones por las calles, la Semana Santa ha perdido mucho de su antiguo carácter de *fiesta* y la religión ha ganado en reverencia y en culto verdadero. Antaño las amas de casa temblaban á la aproximación de los días Santos, porque ¡cosa particular! lo mismo era acercarse la Semana Mayor que darle á la cocinera la *puntada* en el hígado, y enfermarse la madrina de la criada, y llegar la *máma* de la lavandera y el *taita* de la aplanchadora; motivos éstos suficientes para que dejasen la casa vacía y á la señora en apuros. La *puntada*, la madrina, la *máma* y el *taita* no eran sino otros tantos pretextos para entregarse á sus anchas á celebrar dignamente la pasión y muerte de Nuestro Señor Jesucristo, celebración que consistía principalmente en la asistencia por la mañana al templo de donde á luego saldrían *los pasos*, no á meditar, sino á formar número para que el indefectible rebullicio se efectuase con abundancia de mujeres accidentadas, de niños ahogados, de personas incendiadas, de trajes destrozados, de cabezadas, empellones, mordiscos, gritos y todo aquello que cabe dentro del recogimiento y el silencio que han de presidir en la conmemoración de acontecimiento tan augusto como la redención del hombre.

Las procesiones eran ocasión que ni pintada para todo género de excesos. A ellas concurrían á *lucir la mona* todos los que en el día habían estado devotamente libando á la salud de los escribas y fariseos. Citas amorosas de diversas índole y ten-

—¡Interesada! ¡Dios eterno! nada de eso, exclamó Horacio.

—Entonces no me repita usted más que el señor Leclerc es un partido mas aceptable que usted.

No hablamos durante algunos minutos, al cabo de las cuales Horacio me preguntó lleno de agitación.

—Señor Holderness, ¿piensa usted que ella aún me quiere?

—Tanto como eso, no sé en realidad; pero yo lo averiguaré pronto.

—¿Y usted me lo hará saber?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Esta misma noche. Voy á ver á mis amigos ahora. Usted puede quedarse fuera, si gusta, y mirar la ventana del estudio. Si abro y cierro las persianas es señal de que Cecilia aún le ama á usted: si no lo hago, quiere decir que ella está de acuerdo con el modo de pensar de usted y cree también que el señor Leclerc le conviene mejor para esposo.

No tuve que repetirselo. Salimos del carruaje, y Horacio se estacionó frente á la casa, á la sombra, en la acera opuesta, mientras yo me dirigí á la puerta de mis amigos.

Potter en persona me abrió: tenía puesto el sombrero.

—¡Hola! Amigo Puntualidad, ¿es usted? me dijo. ¿Cómo es que no está usted dirigiendo su orquesta esta noche?

—Hay uno que me sustituye por hoy, le contesté. —Las muchachas están arriba, me dijo: voy á caza de ideas.

Ví que no estaba de buen humor, y para castigarle le dejé ir sin decirle nada acerca de la buena fortuna que le había entrado á Margarita por las puertas.

Hallé á las muchachas que estaban cosiendo en el estudio. Se alegraron de verme, pero no era difícil comprender, al observar sus pálidos rostros, que había habido algún disgusto reciente. Se quedaron sorprendidas de mi visita á tal hora, y me preguntaron la causa con cierta ansiedad, temiendo que algo hubiera sucedido en casa de Margarita, temor que nunca habría cruzado por la mente de su egolista padre.

—Traigo buenas noticias que comunicar, y por eso he venido á estas horas.

—La oportunidad no podría ser mejor, porque de nuevo tenemos disgustos, dijo Cecilia.

—¿Qué es lo que pasa? pregunté.

—Cecilia ha perdido su empleo en casa de la señora de Leclerc, dijo Juana.

Y entonces me refrieron, hablando por turno, que la señora de Leclerc se había vuelto de repente muy fría y reservada en su trato, y esto sin ninguna causa que Cecilia pudiera adivinar, hasta hoy al mediodía cuando el señor Leclerc se presentó á ofrecerla formalmente en matrimonio su mano, diciendo que había anunciado á su cuñada el paso que iba á dar, el lunes, que precisamente fué el día antes del cambio observado en su trato con Cecilia.

—¡Ah! ¡ah! dije. La señora de Leclerc alentó las coquetías como asunto de diversión para ella, pero no quiso que pasaran de ahí.

—Sí, así es, dijo Juana.

Poco importa que le guste á ella ó que no le guste, la cuestión es si Cecilia y Leclerc serán felices juntos, dije con el corazón algo oprimido al pensar en el pobre diablo que estaba en la calle, con las miradas fijas en la ventana, esperando la señal que habla de decidir de su felicidad.

—Pero yo no voy á casarme con él, dijo Cecilia, le he dado una negativa redonda.

Entonces comprendí el mal humor de Potter y el por qué de haber salido á caza de ideas.

—¿No lo ha aceptado usted porque cree que sus amigos no verían con agrado ese casamiento? le pregunté.

—No, dijo Cecilia, no he pensado ni un instante en ellos.

—Es sin embargo un caballero amable y rico, dije, y no hay duda de que la ama mucho, cuando le ha ofrecido la mano á pesar de la oposición de sus amigos. ¿Por qué no lo ha aceptado usted?

—Porque, dijo Cecilia con trémula voz, porque..... no le amo. Y entonces, como era de esperarse, empezó á sollozar.

—Mi alegría fué inmensa y apenas pude ocultar mi satisfacción. Me senté junto á la ventana, y enton-

ces, como si no supiera qué hacer con mis manos, empecé á abrir y á cerrar las persianas. Todos estábamos en silencio y sólo se oía de vez en cuando un ligero sollozo de Cecilia.

De repente oímos un golpe débil en la puerta de la calle. Cecilia se puso en pie como si aquel golpecito hubiera amenazado echar la casa abajo. Después de todas estas semanas de ausencia habla reconocido la mano de su novio en aquel golpecito.

—Baje usted á abrir la puerta, le dije á Cecilia.

Con un pequeño grito de alegría, se deslizó del cuarto y bajó las escaleras. Yo le dije á Juana quién era, y lo que me había pasado con Horacio.

—¡Oh! Estas son verdaderamente buenas noticias, dijo.

—Sí, pero eso no es todo, agregué, y entonces le referí la restitución que habla hecho Motley.

Me oyó con sorpresa y deleite; la palidez desapareció de su rostro. Estaba tan agitada como yo. Nunca me había parecido tan agradable, tan bella; pero la felicidad y la nobleza de sentimientos hacen hermoso el rostro más humilde.

—Usted es un mensajero de alegría, me dijo poniendo su mano en la mía, y me pareció más bella que nunca cuando pronunció esas palabras.

—Sí, dije, pero quiero mi recompensa.

—¿Cómo podrémos jamás recompensar á usted? me preguntó con el mayor candor.

—Nada que no sea esta mano para siempre mía podrá satisfacerme, dije.

Y le estreché la mano, y deslizando la otra al rededor de su talle la atraje contra mi corazón. Confieso que yo mismo me sorprendí de mi declaración; pero no debe creerse que me dejé arrastrar por el entusiasmo del momento. Nó: mi entusiasmo era de una naturaleza más digna. Me hacia despojarme de esas ideas egoístas que habian nacido de la soledad y me habían hecho llevar una existencia que no tenía un objeto más elevado que ahorrar dinero para poner mi vejez á cubierto de la pobreza. Ni un solo momento me he arrepentido de lo que entonces hice: al contrario, cada día he tenido nuevos motivos para alegrarme.

Juana no opuso muchas objeciones. Se preguntó qué haría su pobre padre sin ninguno que le ayudara; pero yo le probé que nadie, mejor que él mismo, podría cuidar de sí propio. Además, cuando Margarita y Felipe vivan de nuevo en la opulencia, él se dirigirá á ellos en caso de necesidad.

.....
A su debido tiempo Horacio se casó con Cecilia y yo con Juana.

.....
Muy poco más tengo que agregar.

Margarita tiene ahora tres niños: dos varones y una hembra. La maternidad no ha hecho sino aumentar su belleza. Felipe declara que cada uno de sus hijos tiene que aprender un oficio: él mismo emplea parte de su tiempo en un torno de carpintero. Viven cómoda y elegantemente, pero sin ser extravagantes. La pobreza les ha sido muy benéfica. Todo el mundo los ama.

Desde que Burns partió con su niño para América no hemos vuelto á saber de él.

En septiembre último el señor Motley dió una gran sorpresa á sus amigos y admiradores. Se fué, nadie sabe á dónde, llevándose consigo el último centavo que pudo arañar. Se descubrió que la cervecera y el Banco estaban hipotecados: las deudas eran enormes. Desde un año antes de la catástrofe final habla vivido en malos términos con su esposa. La dejó en la más completa destitución.

Tengo el gusto de decir que *El Látigo* ha pasado á mejores manos. El dinero de Thornton estaba depositado en el banco de su amigo: fué arruinado por el hombre mismo que él había contribuido á elevar.

FIN

MIERCOLES 29 DE MARZO

Es hoy que distribuimos EL COJO ILUSTRADO correspondiente al 1° de Abril. Nos hemos anticipado por ser los días 30 y 31 Jueves y Viernes Santo.

dencias, exposición brillante de fastuosos trajes, comercio de granjerías en la interminable fila de azafates que se situaban en los bordes de las aceras, bandadas enormes de chiquillos bullangueros comiendo perrerías y universal descascamiento de maníes; todo esto y mucho más se veía en la carrera de la procesión; con todo esto se honraba á Dios y se veneraban las imágenes.

Ogaño no queda sino muy poco de todo aquello; y si se suprimieran las escenas del miércoles, jueves y viernes santos en Santa Teresa y la Catedral, la Semana Santa sería ocasión únicamente de que los fieles se diesen á prácticas de piedad congruentes con los solemnísimos momentos en que la iglesia católica honra la memoria del hecho más trascendental en las espirituales relaciones entre el Creador y la criatura humana.

Cuatro personas pertenecientes á familias honorables han muerto en estos días: el anciano señor Uzcátegui Aguinagalde, padre del llmo. señor Dr. Crispulo Uzcátegui, Arzobispo de Caracas; el señor don Isidro Espinosa, notable ciudadano de Carabobo tan estimado aquí como en Valencia; la señora Carmen de León, madre de numerosa familia muy relacionada en Caracas; y la angelical niña Amalia Gonell, hija del inolvidable Domingo Gonell á deshora arrebatado á la sociedad y al comercio donde fué modelo de laboriosidad y honradez.

Enviamos nuestro pésame sentido al Ilustrísimo señor Arzobispo, á los señores Dr. Luis Julio Blanco, Francisco de Sales y Miguel Vicente Pérez, deudos del señor Espinoza; á la señora Amalia de Shelly, madre de la niña Gonell, y á la numerosa y apreciable familia León.

¿A dónde vá á parar en su progresivo aumento el precio de las casas de alquiler? ¿A dónde? A la nada, es decir, á que los alquileres llegarán á ser como muchos de nuestros valores de bolsa puramente nominales. No puede ser de otro modo, desde que existe tan inaudita desproporción entre el precio del trabajo y el de las casas de habitación. Suprimáse á los rentistas que en su generalidad habitan casas propias y véase como á los demás, ó sea á los que viven á sueldo, apenas si les queda una tercera parte de lo que ganan mensualmente para atender á las más urgentes necesidades: las dos terceras, por lo menos, se les van en alquiler de casa. ¿Que hay en esto exageración? Van ustedes á ver que no.

¿Cuáles el mayor sueldo que se paga en Caracas?

Exceptuando los del Presidente de la República, los Ministros, los Gerentes de los Bancos y algún otro que ahora no recuerdo, el más alto que puede alcanzar la persona que posea mayor suma de recursos intelectuales para ganarse la vida no pasa de ochocientos bolívares, así el empleado público como el de comercio. Como no debemos escoger como tipo el individuo que vive solo, que es un extremo, ni el que tiene una familia de quince personas, que es el otro, tomaremos el término medio, es decir, suponemos que nuestro tipo tiene que darle con el producto de su trabajo habitación, alimento, vestido, luz, medicinas, etc. á ocho personas, fuera de las de servicio. Nuestro hombre necesita, pues, una casa con ocho dormitorios, sala, comedor y cuartos para el servicio; que no esté lejos del almacén ó de la oficina, ni amenazando aplastar á quien la habita. Sírvanse ustedes buscarme en el centro de la ciudad una casa de diez ó doce piezas cuyo alquiler baje de quinientos bolívares, y á quien la encuentre le prometo una cajita de dulces con calcomanía. Ahora, digan ustedes si con setenta y cinco pesos se puede alimentar, vestir, etc., etc., en Caracas, una familia de ocho personas.

Y todavía hay quien se llena la boca con nuestra prosperidad y nuestra abundancia; y caseros que todos los meses aumentan en un diez por ciento los alquileres; é inquilinos que pagan y

no comen; economistas que encuentran en todo esto argumento en pro del creciente valor de la propiedad; y desgraciados que, trabajando honradamente, y á fuerza de increíbles privaciones, hacen economías para el casero y la Compañía de Aguas.

Lo único que nos falta es que, en atención á los admirables resultados que el sistema proteccionista viene dando entre nosotros, sobre todo para los *vastaquoueres*, se aumente en un cincuenta por cierto el arancel, y, naturalmente, reventemos . . . de gusto.

Tenemos por ahora abundancia de diversiones: en el Teatro Caracas trabaja una compañía de zarzuela española cuyo elenco ha ido creciendo con la agregación de excelentes artistas que sin contrata se hallaban en Caracas; en el Municipal la Estudiantina Española "Fíguro" que muy reducida en número de artistas, pero siempre hábil y provista de selecto repertorio nos visita de nuevo, atrae al público amante de las gratísimas emociones que, cuando bien interpretado, produce el que es llamado con razón arte divino; y, finalmente, para los niños en edad y en carácter hay circo de caballitos con exposición de animales mansos y feroces.

Están entre nosotros desde hace pocos días el poeta Gonzalo Picón Febres, y el pintor Carlos Rivero Sanavria, nuestros amigos, procedentes de Mérida el primero y de París el segundo. A ambos les deseamos grata permanencia en la capital de la República.

Allá vá eso.

EPIGRAMA

Dices muy serio, glotón,
Para agradecer á Teresa,
Que de tripas corazón
Haces por ir á la mesa.
Mas, al ver que sin empacho
Te rellenas y te apipas,
Ella dice: este muchacho
De corazón hace tripas.

OBRAS RECIBIDAS:

Dictados del Derecho de la Guerra.—Extractados por el General don Vicente S. Mestre. Abogado, autor de varias obras militares, miembro correspondiente de algunas sociedades científicas y literarias y diversamente condecorado. Caracas, Tipografía El Cojo, Este número 14, 1893. Un volumen de 200 páginas en 12°

Reglas sencillas para atender y cuidar al caballo.—Segunda edición.—Sociedad argentina Protectora de los animales.—Buenos Aires.—Folleto de 40 páginas en 12°

Guía Revista Mensual de La Plata.—Guía de la Ensenada y Puerto La Plata.—J. Neira Madera.—Tipografía La Popular.—Folleto de 122 páginas en 12° mayor.—Precio: 50 centavos.

Anales de la Instrucción Pública de Colombia.—Nº 125.—Periódico oficial, destinado al fomento y á la estadística de los establecimientos de enseñanza pública.—Bogotá.—Imprenta de la Luz.—Folleto de 125 páginas en 8°

La Poesía Americana.—(Prólogo de un libro de versos).—Julio N. Galofre.—Bogotá.—Imprenta de Medardo Rivas.—1893.—Folleto de 16 páginas en 8°

General Joaquín Crespo.—Obsequio de sus consecuentes amigos R. del Valle y W. A. Rothe.—Contiene copia del cuadro de Michelena, por P. Schlageter, y un artículo sobre la vida y recientes hechos del General Crespo. Hoja suelta.

LA PASION DE JESUS

(Con música del Sr. Dr. Eduardo Calcaño.—Páginas 135 y 136)

1º
Sangre Jesús ha sudado
En su aflictiva oración,
Y después en la prisión
Por tierra lo han arrastrado;

Allí se vió maltratado
Con ira, rabia y furor.
¡Ay corazón de mi amado,
Cuánto te cuesta mi amor!

2º

En la columna está atado
Y con ferrados cordeles
Dándole azotes crüeles
La carne le han arrancado;
El suelo mira regado
Con la sangre del Señor.
Ay corazón etc.

3º

Míralo todo llagado,
En lo alto de ese balcón;
Cubierto está de baldón,
De espinas mil coronado:
Míralo abofeteado
Por amar al pecador.
Ay corazón etc.

4º

Descalzo y apresurado
Va caminando Jesús,
Y al caer bajo la cruz
Es más y más lastimado;
De puntillones le han dado
Llenos de infame rencor.
Ay corazón etc.

5º

Medio arrastrado ha llegado
Hasta el Calvario crüento,
Y allí desnudo y sangriento
Manos y pies le han clavado:
Herido y despedazado
Muere por tí el Redentor.
Ay corazón etc.

HIMNO AL CORAZON DE JESUS

(Letra de Francisco G. Pardo, Música del Dr. Eduardo Calcaño, Página 134)

1º

Brotad de nuestras almas
Suspiros de ternura,
Bajo la planta pura
Del dulce Redentor.
El es el solo y Santo,
El es el Uno y Trino,
El es el Sol divino
De eterno resplandor.

2º

La clara luz, la sombra,
La tierra, el mar, el viento,
Con inmortal acento
Proclaman su poder.
Y si el vibrar del rayo
Le anuncia en su pujanza,
Se vé tras la esperanza
Su amor resplandecer.
Brotad, etc.

3º

Su amor que salva al mundo
Cuando entre errores gime,
Su amor que nos redime,
Su amor, luz de la luz,
Su amor, que á la criatura
Tuercé el destino infausto
Y en sangre de holocausto
Cambió sobre la cruz.
Brotad, etc.

4º

Desde la yerba al cedro,
Desde el insecto al hombre,
Canta su excelso nombre
La inmensa creación;
Y su himno es canto y ruido
Con que ella embelesada,
En lengua nunca hablada
Le rinde adoración.
Brotad, etc.

5º

¡Oh Dios de nuestros padres
Que escuchas nuestras preces,
Apártales las heces
Del cáliz del dolor;
Y abre á la cara patria,
Dios grande y Uno y Trino,
Tu corazón divino
Que es fuente del amor!
Brotad, etc.

HIMNO AL CORAZON DE JESUS

Letra de Francisco G. Pardo

Música del Dr. Eduardo Calcaño

Andante

Coro 8

Bro tas de nuestras almas sus puros de ternura Bajo la planta pura del

della Redentor El es el solo y santo El es el uno y timo El es el soldado De

Solo

eterno resplandor La clara luz la sombra, La pura el mar el viento Con inmortala cento Pro-

claman su poder Y si el vibrado rayo Se anuncia en su pujanza Se

Coro 8. 6 8

re tras la esperanza Su a...mor resplande...cer. Bro... 8. 6 8

LA PASION DE JESUS

1ª parte. — Andante

Por el Dr. Eduardo Calcaño

Sangre Je. sus ha su... da... do En su a... flic...

Tu... rao ra... cion Y des... pues en la pi...

cion Por tu... ro lo hon a... rias... tra...

... do A... lli se vio mal... tra... ta... do

sig. 1.º

LA PASION DE JESUS

2ª parte

Por el Dr. Eduardo Culecaño

con i ra ra. hay fu' ra , Ay co ra

zon de mu ama do cuando , te cues la ma

Ay co ra zon de mu ama do

cuando te cues la mu ama

Mr. El Coy